

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

CURTIS GARLAND

LOS JARRONES DE LA MUERTE



COLECCION

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

29. — Su majestad la gasolina, Ralph Barby

30. — Locura púrpura, Curtís Garland

31. — «Miss Fantasma», Clark Carrados

32. — El hombre de Oriente, Lou Carrigan

32.— Café con Yama Zuki, Ralph Barby

CURTIS GARLAND

LOS JARRONES DE LA MUERTE

Colección ¡KIAI! n.° 34



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCEIONA • BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-04952-4

Depósito legal: B. 25.320 -1977

Impreso en España - Printed in Spain

I.* edición: agosto, 1977

Documentación gráfica para la cubierta cedida por la SALA DE JUDO «SHUDO-KAN»

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial- Bruguera, S.

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1977

Capítulo Primero CITA EN EL DRAGON AZUL

Fen Yu miró el viejo reloj colgado de la pared, entre mil heterogéneos y valiosos objetos. Cualquiera hubiera pensado que era una antigüedad más para vender. Y se hubiera equivocado. Fen Yu no se hubiese deshecho de aquel reloj por nada del mundo. Simplemente, era su reloj. Una pieza de museo. Pero suya. Sin posibilidad para ningún comprador. Ni a ningún precio.

Señalaba las cinco menos diez minutos, exactamente. Fen Yu suspiró.

No había error posible... Aquel reloj jamás atrasaba o adelantaba un solo segundo. Su precisión era tan asombrosa como la belleza de su diseño, en delicadas maderas orientales, lacas barnizadas exquisitamente, incrustaciones de ricas porcelanas y una esfera nacarada, dónde cada cifra aparecía rodeada de diminutas y bellísimas ilustraciones hechas a pincel siglos atrás, por algún portentoso miniaturista chino.

Las cinco menos diez. Fen Yu contempló la puerta de su tienda, cerrada aún. Su visitante se retrasaba ligeramente. Había quedado en ir a las cinco menos cuarto en punto. Pero ¿qué sabían los occidentales de puntualidad? Tal vez llegase después de las cinco, alegando mil excusas por su tardanza.

Bien. Si era así, encontraría la tienda cerrada. Fen Yu era puntual. Y gustaba de la puntualidad y la formalidad en las personas. Le daría un escarmiento a su cliente. Tendría que volver otro día. No esperaría ni: un minuto más de las cinco. A esa hora, cerraría las puertas de la tienda de antigüedades. Y no le abriría a nadie.

Paseó su alta, enjuta figura huesuda, por entre los mil objetos heterogéneos y bellísimos que atestaban su establecimiento. El Dragón Azul era una tienda de prestigio. Las mejores y más legítimas antigüedades de Oriente, en todo Chinatown. Él no era un falsificador ni un embaucador charlatán de los muchos que se aprovechaban del turista. Todo allí era auténtico, en origen y en edad. Figurillas de jade, marfil o maderas preciosas, tallas increíblemente complicadas y esplendorosas, lacas bellísimas, biombos, vajillas, porcelanas exquisitas, jarrones, máscaras, armas antiguas, sedas, cuadros y pinturas, alfombras y cortinas... Todo auténtico, todo oriental, todo procedente de los mercados chinos. Todo con años, con siglos de antigüedad. Con un valor legítimo e indiscutible. Así comerciaba Fen Yu. Así era de prestigioso su nombre y su establecimiento, no solo en Chinatown, sino en todo San Francisco, en toda la costa de California. Su prestigio como merchant de antigüedades, llegaba, incluso, a Asia. Y se sentía orgulloso de ello.

Ganaba menos dinero que sus colegas más pillos. Pero no le importaba. Al

contrario. Para él, su mejor ganancia estaba en su prestigio de hombre honesto.

El delicado reloj movía sus agujas hacia la hora fijada para el cierre del establecimiento, lenta e inexorablemente. Fen Yu hundió sus huesudas, largas manos, en las amplias mangas de su larga bata de seda roja y negra, salpicada de dragones y motivos orientales.

Exhaló un suspiro de disgusto. Lamentó la tardanza de su visitante, y clavó los ojos en la mercancía que éste deseaba adquirir.

Los jarrones.

Los dos bellísimos, deslumbrantes jarrones Ming, situados allá arriba, encima de aquel mueble de laca roja y negra.

Dos piezas portentosas, de increíble y majestuosa belleza. Dos objetos de la artesanía china de una época inolvidable por sus creaciones.

Quizá nunca habían existido jarrones tan bellos en el mundo. Fen Yu era hombre habituado a manejar la belleza salida de manos de artistas y artesanos de otros tiempos, y estaba por asegurar que así era.

— ¡Lástima...! —musitó para sí—. Irán a adornar la vivienda de un caprichoso occidental, un snob que nunca llegará a comprender el altísimo valor artístico y sentimental que esos jarrones tienen para todos nosotros, los orientales. Me pregunto... me pregunto si solo quedarán esas dos piezas, supervivientes de los Siete Jarrones de la Fe y la Felicidad... ¿Quién sabe dónde fueron a parar los otros cinco, después de tantos y tantos años de deambular por él mundo, tras ser robados de la Pagoda del Amanecer Rosado?

Las cinco menos siete minutos. Las posibilidades de su cliente se agotaban por momentos. Cierto que el precio de adquisición de las dos prodigiosas piezas Ming, era digno de esperar aunque fuesen horas enteras. Y el cliente había prometido pagar sin una sola queja, sin regatear un dólar.

Pero Fen Yu no anteponía el dinero a sus restantes ideales en el mundo. El prefería la seriedad, el mutuo respeto, la dignidad del hombre, por encima de todo lo demás. Los chinos más jóvenes, decían que era un vivo ejemplo de la mentalidad de otros tiempos. Quizá tuvieran razón. Fen Yu se sentía orgulloso de ello. No hubiera deseado ser un atolondrado e inconsciente muchacho de los de ahora...

Estaba de espaldas a la puerta cuando tintinearon las campanillas de metal de la colgadura china que avisaba del movimiento de la entrada al establecimiento. Respiró con cierto alivio, volviéndose hacia su cliente.

Después de todo, no podía ser demasiado duro en sus reproches. Sólo se había demorado ocho minutos. No era mucho para un occidental, a fin de cuentas.

Fen Yu sufrió un brusco desencanto. Y también cierta sorpresa. No se trataba de su cliente, el hombre que encargara los dos jarrones al precio que fuese.

Ni siquiera era un solo visitante, sino tres. Tres hombres jóvenes, fornidos, de raza oriental. Pero estaba seguro que no eran chinos, aunque, a un occidental se 10 Hubieran parecido a simple vista. Desde luego, tampoco japoneses.

— ¿En qué puedo servirles, señores? —preguntó suavemente, inclinándose con la cortés sonrisa de todo buen hijo del Celeste Imperio—. Este humilde servidor está a sus órdenes en cuanto deseen...

—Nos envían a por dos jarrones que tiene encargados —dijo uno de ellos, el que iba delante, aproximándose a él, mientras uno se quedaba junto a la puerta de entrada y otro daba un extraño rodeo, cerrando el paso hacia la trastienda, tal vez por simple casualidad.

— ¿Dos jarrones? —parpadeó Fen Yu, revelando cierta sorpresa en su rostro apergaminado, habitualmente impenetrable—. ¿El señor Younger les envía a ustedes a por los jarrones? ¡Pero si teníamos que hablar del precio, y disponer del embalaje adecuado para...!

—Traemos el embalaje adecuado, no se preocupe —cortó el otro—. En cuanto al precio, traigo aquí el dinero suficiente para pagarle esos dos jarrones y casi todo lo que tiene en esta tienda. El señor Younger no puede venir, y me envía a mí con el encargo. Soy su secretario.

Extraño secretario el que tenía un hombre como Younger, se dijo para sí Fen Yu, cada vez más sorprendido por el comportamiento de los occidentales, instintivamente, señaló hacia los jarrones situados sobre el mueble lacado, e indicó:

—Esos son. Valen exactamente cincuenta y siete mil ochocientos dólares. No pude conseguirlos a mejor precio. Pero me hubiera gustado hablar de esto, personalmente, con el señor Younger...

—No se preocupe —sonrió el oriental plantándose ante él—. Todo está hablado ya. El señor Younger no puede perder tiempo. Le voy a pagar su dinero, señor.

Y todo resuelto. Usted es un comerciante, ¿no? Pues bien, reciba su precio, entrega la mercancía y asunto concluido.

—En mi tierra no me enseñaron a comerciar así —se sintió ofendido Fen Yu—. El comercio puede ser un, arte, señor, no un oficio vulgar, de simples mercachifles. La palabra hace que cliente y vendedor se conviertan en dos amigos que tratan delicadamente de su transacción y...

— ¡Bah, pamplinas de viejo chiflado! —rio, secamente, el otro, buscando bajo su amplia chaqueta algo guardado en ella—. Bien, Mis ayudantes cargarán esos jarrones. Yo voy a pagarle ahora mismo. Este es el precio que vine a ofrecerle… ¡y a pagarle al contado!

No sacó dinero del interior de su chaqueta. Ni mucho menos. Lo que sí brotó de ella, entre sus poderosas manos, fue un objeto singular y contundente. Algo demoledor, que el viejo Fen Yu conocía muy bien, pese a sus años y a su alejamiento de las entrañables tierras chinas que le vieran nacer.

Un objeto increíble, que, en principio, parecía un bello abanico, reluciente a la luz de la tienda de antigüedades.

Y, realmente, era un abanico.

Un sorprendente abanico que desplegó sus varillas en la mano diestra del hombre, con un suave siseo metálico. Varillas que eran metálicas, plegables como las de un auténtico abanico. Metálicas... y terriblemente afiladas. Cada una de ellas, rematada en un borde que nada tenía que envidiar al filo de una navaja de afeitar.

Sobresaltado, Fen Yu dio unos pasos atrás. Sabía, desde tiempo inmemorial, lo que era en China un tessen.

Y aquello era un tessen. Un arma mortífera en manos expertas.

Las de aquel extraño cliente, eran manos de muerte, no había duda de ello. Fen Yu trató vanamente de eludir lo que resultaba irremediable. Una vez desplegado el metálico abanico, quedó inmóvil, fijo entre los dedos vigorosos del oriental.

Después, antes de que Fen Yu pudiera huir, intentar cubrirse de la muerte, el arma oriental escapó de la mano del visitante, como un objeto arrojadizo. Silbó en el aire siniestramente, describiendo una trayectoria curva, precisa. El lanzador era un experto en esa forma de manejar el temible tessen o abanico de la muerte.

Los filos, más de una docena de ellos, desplegados en forma de abanico rígido, se clavaron en la garganta rugosa del infortunado anticuario. Le degoñó en el acto, penetrando pro- fundamente en su cuello. La sangre corrió por la garganta, las ropas de seda y el metal centelleante dé la afilada arma

mortal.

— ¡Pronto, los jarrones...! —ordenó el oriental con brusquedad, volviéndose a sus esbirros—. ¡Tornadlos con sumo cuidado y trasladarlos a la furgoneta! ¡Metedlos en sus estuches y cerrad éstos! ¡Al que rompa o agriete uno de ellos, le costará la vida sin remedio! ¡Esos jarrones valen demasiado para que se cometa con ellos el más leve error, recordadlo!

Los dos esbirros tomaron cuidadosamente las bellísimas piezas Ming, y salieron del establecimiento con rapidez. Uno de ellos gritó roncamente, al mirar a ambos lados de la calle:

— ¡Viene un coche, y va a aparcar ante la tienda!

— ¡Maldición! —rugió el oriental.

Miró al anticuario chino, muerto en el suelo, con sus ojos vidriosos, los filos hincados fuertemente en su amarillenta cara rugosa. Vaciló. Quería recuperar el arma, pero no le era posible. Ya sus compinches habían desaparecido dentro de la cabina de carga de una pequeña furgoneta comercial.

Él no podía perder tiempo, allí, arrancando del cuello del anticuario la terrorífica arma de los viejos juegos de guerra y de muerte de los orientales, el tessen diabólico que servía para los practicantes de Artes Marciales en la antigua China.

Maldijo de nuevo, saliendo a la carrera hacia la calle, en pos de sus compinches. De puro milagro logró saltar a la cabina de carga, antes de que se cerrasen sus puertas, mientras tanto, ya la furgoneta arrancaba con rapidez, virando para no cruzarse con el automóvil que en esos momentos aparcaba suavemente a menos de veinte yardas de la tienda El Dragón Azul.

Dentro de la tienda, Fen Yu era cadáver, sobre un baño de sangre. El abanico de la muerte se clavaba brutalmente en su cuello. El degollamiento había sido instantáneo y ni siquiera llegó a emitir un grito de agonía el viejo anticuario.

Poco después, campanilleaban los colgantes metálicos de la puerta, con sonido plateado, musical. Un hombre joven, delgado y pálido, con aspecto enfermizo, entraba en el local, preguntando en voz alta:

— ¿Hay alguien en la tienda? Fen Yu, ¿dónde está usted?

Había visto partir la furgoneta, pero imaginó que eran mercancías traídas o llevadas. Fen Yu era el primer comerciante en antigüedades de Chinatown. No era raro verle cargar o descargar valiosas piezas de museo o de

coleccionista millonario.

El joven pálido se aventuró en la tienda. Súbitamente se paró en seco. Clavó sus ojos, con expresión de asombro, en el hombre de piel amarilla, muerto en tierra, en medio de varios objetos de gran valor, destrozados en su caída, y con la sangre salpicándolo todo en derredor.

— ¡Dios mío! —exclamó el visitante—. ¡Fen Yu! ¡Le han asesinado! ¡Esos hombres de la furgoneta, no hay duda...!

Corrió a la puerta, asomó la cabeza, mirando en ambas direcciones. No se veía el menor rastro del vehículo comercial. Pensativo, regresó al interior de la oscura tienda.- Sus ojos buscaron en vano la existencia de dos determinadas piezas de arte. No las encontró por parte alguna.

—Los jarrones... —susurró—. ¡Han desaparecido, seguro! Esos hombres, los asesinos, debieron llevárselos...

Siguió mirando a Fen Yu, con una expresión de disgusto y de contrariedad en su joven rostro poco saludable. De repente, campanilleó el colgante de la puerta a sus espaldas.

Se volvió rápidamente el joven, y extrajo sin vacilar una pistola automática de entre sus ropas. Apuntó con ella al hombre que acababa de entrar en el establecimiento de antigüedades.

— ¡No se mueva! —avisó con voz áspera—. ¡Si lo hace, disparo,..!

El recién llegado no había esperado siquiera a que él hablara o le amenazara. Menos aún a que intentara disparar.

Apenas el joven se volvió, arma en mano, el segundo visitante de la tienda donde ya otros visitantes habían llevado la muerte a Fen Yu, como precio de sus maravillosos jarrones, aquel hombre hizo algo increíble.

Su cuerpo describió un salto inverosímil, sobre muebles y objetos de arte, volando materialmente por los aires hacia el hombre armado, como si le proyectara una invisible catapulta.

Era el salto de un luchador portentoso, el brinco agresivo de un karateka formidable,, cuyo pie golpeó implacablemente la mano armada del joven, haciendo volar muy lejos de sus dedos la pistola automática.

Capítulo II
EL CLIENTE QUE LLEGO TARDE

Intentó defenderse el agredido, pese a su aparente debilidad física, con una hábil acción de Taekwondo, un Twimyo Bandae Dollyo Chagi, o patada de espaldas, en salto.

Pudo haber salido bien, de haberse enfrentado a un adversario menos experto en las Artes Marciales. Sorprendentemente, su enemigo se echó atrás y paró el golpe con su brazo, soportando el equilibrio, en un blocaje del impacto, dentro de una kata en la que utilizó hábilmente ambos brazos, con su antebrazo izquierdo ante la frente, en Age-Uke, y el derecho verticalmente a su mismo lado, en Uchi-Ude-Uke.

Luego, con rapidez vertiginosa, pasó a la postura Kiba-Dachi, desplazó el pie derecho hacia un lado, y golpeó al contrario, con Tsuki-Chudan lateral, derribando definitivamente de bruces, totalmente vencido, al borde de la inconsciencia, al joven que antes volviera su arma de fuego hacia él.

— ¡Ya basta! —cortó, fríamente, la voz del vencedor, inclinándose sobre su contrario y haciéndole volver boca arriba mediante el expeditivo procedimiento de aterrarle por la chaqueta y girarlo de forma brusca—, ¿Qué ha sucedido aquí? ¿Quién diablos es usted y qué le movió a...?

Se paró en seco. Luego lanzó una exclamación de sorpresa.

— ¡Mike! ¡Mike Younger!

—En persona —rio, tristemente, él vencido, mirando Con una mezcla de alivio y de sorpresa a su vencedor—. ¡Hola, Frank Cole! Creo que me equivoqué...:

— ¿Atacándome? Sí, creo que sí. —el vencedor en la rápida lucha le ayudó a incorporarse, dándole la mano. No le quitó la mirada de encima—, Mike Younger,,. ¿ Por qué me atacó?

—Creí que era el asesino...

— ¿El asesino? —-las cejas de Frank Cole se fruncieron, sorprendidas—. ¿De quién?

—Ahí, Frank. Tras esa cómoda lacada... Es el propio FenYu, el anticuario. Alguien lo mató... con un instrumento muy extraño; una especie de abanico de acero... Degolló al pobre anciano.

—Un abanico de acero... Un tessen —murmuró Cole, rodeando el muebje.

Contempló el cadáver del anticuario chino, su horrible gesto de agonía, petrificado por la muerte, sobre la sangre que bañaba su garganta—. ¿Sabe algo de esto, Younger?

—Tanto como usted. Acababa de llegar. Me encontré el cuerpo sin vida. Unos hombres de raza oriental salían de aquí con una furgoneta comercial. Me temo que ellos le mataron para robarle...

Cole no dijo nada. Llegó a la caja registradora del mostrador. La accionó, abriendo el cajón. Contempló los billetes y el cambio. Al menos había allí cuatro o cinco mil dólares.

—No parece que el robo fue el móvil, Younger —comentó, algo seco.

— ¿No se llevaron el dinero? —el joven de pálida tez parecía preocupado —. Entonces, es lo que yo imaginaba. Se llevaron algo más valioso que todo cuanto pudiera tener ahí en metálico.

— ¿Qué, exactamente? Cole se volvió hacia él.

—Los jarrones.

— ¿Jarrones? ¿Qué jarrones?

—Los dos que yo le encargué buscar. Me telefoneó, citándome aquí a las cinco menos cuarto. Nunca me perdonaré haber llegado tarde a la cita. Cuando llegué, yacía ahí, y ellos huían. Sin duda, con esos jarrones. Valen una fortuna.

— ¿Por qué? ¿Qué clase de jarrones son?

—Dos ejemplares casi únicos. Dos jarrones azules, cori dragones blancos y plateados. Dos piezas de la Dinastía Ming, creadas por uno de los mejores artífices de su tiempo: Huang Fah Kieu...

—Los jarrones azules... —repitió, sorprendido, Cole—. Conozco unos de la Dinastía Ming. Pero eran tos Siete Jarrones de la Fe y la Felicidad...

—Siete fueron, sí. Pero apenas, quedan ejemplares ya, dispersos por el mundo. Si los hay, nadie sabe dónde están. Sólo esos dos fueron localizados. Y yo tengo un tercero.

— ¿Usted?

—Sí, Cole. Quizá no haya ni vino más en el mundo, actualmente. Son tan frágiles, tan delicados... Los coleccionistas los persiguen con auténtica obsesión. Tal vez Fen Yu los obtuvo en una auténtica ocasión, de alguien que no acababa de conocer el valor de esas piezas, porque solamente se elevaba el

precio de ambos jarrones a poco más de cincuenta mil dólares. Una ganga, en este caso. Desgraciadamente, la ganga se evaporó. El que yo poseo me costó, exactamente, ciento diez mil dólares en una subasta de Singapur, hace cinco años. Usted me ha conocido como fracasado luchador de Artes Marciales. Pero mi verdadera afición, mi hobby en el mundo, es ése: coleccionar obras de arte orientales.

—Ya entiendo —Frank paseó por la tienda, dirigiendo de vez en cuando una mirada al difunto anticuario--. Es usted un hombre rico y caprichoso, Younger.

—En efecto —sonrió el joven, tristemente—. Mi padre me dejó una fortuna, y muy pocas cosas que yo pueda hacer, dada mi precaria salud. Resulta lógico que dedique mi vida a algo. Ese algo, es el arte del país donde mis padres vivieron y casi murieron: China. Lástima que mi naturaleza y mi estado de salud no me permitieran la dura disciplina de las Artes Marciales. Ya sabe usted que empecé, que intenté aprender. Hoy me he dado cuenta de lo poco que fue. Le ha bastado un simple golpe, una kata incompleta, para derribarme vencido. Eso es lo que realmente me duele. Porque no sólo puede vencerme usted, Cole, sino cualquier otro. De ahí que dejará la lucha sin aprender más que lo poco que sé.

—Sin embargo, hubiera valido para ello —comentó Frank, gravemente—. Tiene clase, estilo. Cuando le vi en el aojo del viejo profesor Hamura, prometía usted mucho, Younger...

—Todo se quedó en eso: en promesa —sacudió la cabeza con aire de amargura—. Y ahora... esto. Mis codiciados jarrones...

—Y una vida humana, no lo olvide. ¿Dice que eran orientales los que se marchaban de aquí?

—Muy fornidos, sí. Parecían auténticos luchadores. Peto no hubiera jurado que fueran chinos, Cole.

— ¿Qué, entonces? ¿Japoneses? —sugirió el Dragón de Oro, suavemente, volviéndose hacia él.

—Pues... no, tampoco. No lo creo. Su tez era aceitunada, sus ojos oblicuos, pero tenían, un tono más bronceado de piel. Unos rasgos más duros y enérgicos...

— ¿Indonesios, tal vez? ¿Malayos?

—Malayos... ¡Sí! —los ojos de Younger brillaron—. Creo que eran malayos... Uno... uno de ellos llevaba algo en su brazo musculoso... Algo que brillaba a la luz del día, plateado...

— ¡Plateado! —susurró gravemente Frank Cole—. ¿Está seguro? ¿Era una forma serpenteante?

—Sí. Creo que sí. Lo era, Cole. Formaba como... como una letra S o una curva-parecida. Quizá una culebra o...

—O un dragón —señaló bruscamente Cole—. Un dragón de plata tatuado en el brazo.

—Pues... sí, podría ser —pareció excitado Younger—, ¿Eso significaría algo concreto?

Frank Cole, uno de los componentes del trío de budokas dedicados a defender la justicia y el bien en el mundo, ayudando al que necesitaba ayuda contra enemigos más poderosos, un hombre de raza blanca, un norteamericano de rubios cabellos y atlética figura, que dejó el cine de acción de las películas de karate filmadas en Hong Konig, para dedicar sus conocimientos en Artes Marciales a más elevadas miras, formando, con su amigo chino Kwan Shang y la bella mulata Lena Tiger el grupo llamado Los tres Dragones de Oro (1), fue breve en su respuesta esta vez:

—Significaría que la mujer más peligrosa de Oriente, está metida en este juego, para obtener los jarrones Ming, amigo Younger. Esa mujer es Draga, la contrabandista más importante y escurridiza de todo Singapur y, posiblemente, de todo el Pacífico.

* * *

— ¿Draga, has dicho?

—Eso es. Draga es su nombre, amigo Kwan.

Kwan Shang, el joven chino que combatía bajo la bandera de altruismo y desinterés con los budokas llamados Dragones de Oro, contempló con cierta perplejidad a su amigo Cole, mientras rebuscaba en las estanterías dé la biblioteca que los jóvenes justicieros de las Artes Marciales poseían en su segura finca de Telegraph Hill, protegida por los intrusos a través de una serie de complicados circuitos electrónicos de alerta y seguridad.

— ¿Y quién es ella, exactamente? —se interesó Kwan.

—Ya se lo dije a Younger —señaló al joven descolorido y frágil que se acomodaba en un confortable asiento de su gabinete de trabajo—. Una mujer sumamente peligrosa, audaz y falta de escrúpulos.

—Usted me ha citado una contrabandista que opera en Singapur y en las costas de toda Malaca, así como en algunos puntos de Sumatra y Camboya,

pero eso fue todo. También añadió que era muy hermosa...

—Mucho. El tigre también es hermoso y, sin embargo, es un enemigo mortal —señaló Cole.

(1) Véase Tres Dragones de Oro, primer título de esta serie de relatos escritos por el mismo autor, y número 9 dentro de la colección ¡KIAI!

— ¿Draga lo es? —insistió Kwan Shang,

—Lo es para sus adversarios. Ella controla todo el contrabando de perlas, piedras preciosas, oro e incluso drogas, en las costas orientales.

— ¿Qué puede hacer ella metida en este juego? De Singapur aquí hay un largo trecho, Frank.

—-No sé lo que pueda hacer, pero es evidente que sus hombres están metidos en esto. Los que trabajan para Draga, acostumbran a llevar un tatuaje en el brazo, en forma de un dragón, en tinte color plateado. Es como un signo, el distintivo de su ama y señora. Esos hombres acostumbran a ser fuertes y vigorosos, y dominan alguna de las formas de lucha oriental.

—E incluso armas orientales —apuntó Kwan, pensativo—. Al menos, en el caso de Fen Yu...

—El tessen no es un arma vulgar, ni mucho menos —señaló Cole—. Quien maneja un arma así, ha de ser forzosamente un experto. Y no sólo en lanzar el tessen, sino en otras modalidades de lucha oriental.

—Pero ¿cómo pudo enterarse ella de que había dos jarrones Ming en casa de Fen Yu, y de que yo me interesaba en adquirirlos? —se quejó vivamente Younger, el joven y enfermizo millonario, fracasado budoka y coleccionista de arte chino.

—No puedo imaginarlo —suspiró Cole-—. Ni pensaba que los tentáculos de la hermosa Draga llegasen tan lejos. Tal vez tenga aquí algún contacto para introducir contrabando en San Francisco, y a través de él se enterase de la existencia de dos jarrones Ming, adquiridos por Fen Yu. Lo demás, lo sabemos todo.

— ¿Draga es capaz de... de asesinar? —se interesó Kwan.

—Draga es capaz de todo por poseer algo de valor —asintió Cole, sombrío —. Ya os dije que es tan hermosa como cruel e implacable. Tiene mezcla de razas. Mitad occidental, mitad oriental. Eso convierte su belleza en algo exótico, inquietante. Por cierto, se sabe que Draga es ninfómana. Una mujer sexualmente insaciable, y con determinadas debilidades: los hombres jóvenes

y de color, entre otras.

— ¿Negros?

—Eso es. Jóvenes negros que la atraigan físicamente —afirmó Cole, despacio—. Quizá sea su única debilidad conocida, amigos míos.

—Desgraciadamente, no puedo ir a Singapur a seducirla —rio, con ironía amarga, Mike Younger—. Ni soy negro, ni tengo atractivos físicos para una mujer así. Me despedazaría en pocos minutos.

—Seguro —rio Cole—. Y no sólo sexualmente... Se dice que es una auténtica fiera, tanto en lo sexual como en su modo de castigar a quienes tratan de engañarla o atacarla. Una verdadera tigresa. Por eso sobrevive en un oficio tan duro como el suyo.

—Ahora recuerdo que se hablaba en Singapur de una misteriosa mujer contrabandista —se palmeó en la frente Younger—. Fue hace Cinco años, cuando adquirí el primer y único jarrón azul que poseo...

— ¡Ah, cierto! —Frank le miro, pensativo—. Usted estuvo una vez en Singapur. Tiene suficiente dinero como para que Draga se fijara en usted y le hiciese vigilar. Así supo que se llevaba un jarrón azul Ming, y tal vez aquí le hizo vigilar por algún contacto suyo, hasta descubrir que se interesaba por otros dos jarrones. Sabedora ya de su valor real, los hizo robar antes de que Fen Yu los vendiera. Eso tendría algún sentido, así.

—Aquí lo tengo —dijo bruscamente Kwan, abierto un volumen por determinadas páginas—. Escuchad esto: «Los Siete Jarrones Azules de la Fe y la Felicidad, fueron realizados por el notable artista Huang Fah Kieu, durante el mayor esplendor de la Dinastía Ming (1386-1644), y se supone que fueron hechos justamente cuando el emperador Yung-lo trasladó la capital desde Nan-king a Pekín, en 1421. Esos jarrones, de alto valor espiritual para parte del pueblo chino que había resistido y luchado heroicamente contra los invasores mongoles de 1280 a 1368, se dice tradicionalmente que asombraron al emperador por su belleza y delicada concepción. Se trata de siete jarrones de la más pura y delicada porcelana, con un color azul brillante como fondo, y sobre él, escenas miniaturizadas, hasta tal punto, que el artista cegó casi por completo en su realización. Dichas escenas eran momentos históricos de la Dinastía Ming, así como ofrendas a las divinidades chinas, todo ello sobré las formas de dragones plateados o nítidamente blancos, que se entrecruzaban sobre él fondo de bellísimo azul imaginado por el artista.

»Posteriormente, los jarrones, llamados por su autor de la Fe y la Felicidad, fueron donados por el propio emperador Yung-lo a una pagoda del interior de China, donde se habían desatado grandes calamidades y epidemias,

con la promesa de dejar por siempre en su altar esos jarrones, en otros tantos huecos u hornacinas, para que ellos sirvieran de símbolo al pueblo de aquella región, como representación de una ofrenda por el bien del pueblo que sufría. .

»Dice la tradición que cesaron las calamidades y sanaron los epidémicos casi milagrosamente poco tiempo después, volviendo a la región la prosperidad y la, salud, con lo que los jarrones nunca fueron ya tocados de su lugar, hasta que durante la revolución de 1911, fue saqueado e incendiado el templo, que pese a ser i reconstruido y vuelto a dominar, como, anteriormente, la Pagoda de Marfil, ya nunca más poseyó los siete jarrones azules, cuya pista se pierde tras ser robados; por la turba, y de los que se dice, lamentablemente, es, posible hayan terminado destruidos parcial o totalmente, después de ser vendidos a unos mercaderes de antigüedades de Pekín, y posteriormente sacados del país; por un desconocido personaje, fiel a Sun Yat-sen, el gobernante que creó feudalismos y caciquismos en todo el país, y pasó de sus ideas republicanas a otras marcadamente .militaristas, culpables de la revolución que ensangrentó China en 1911.

»La pista de los siete jarrones se pierde aquí, y ya en lo sucesivo, todo son meras especulaciones sobre su estado o paradero, siendo muy posible, según los expertos, que no todos los actuales jarrones aparentemente intactos, sean los legítimos, ya que se sabe de algunas falsificaciones notables hechas muy posteriormente, entre ellas dos de un artista chino en el exilio, Shi-Lung, que llegaron a engañar por un tiempo a notables técnicos en el arte Ming.

Terminó Kwan la lectura del documento texto cerrando el libro con un suspiro. Cole y Younger se miraron pensativos. El millonario negó lentamente con la cabeza.

—Mi ejemplar es legítimo —dijo—. Lo hice examinar por expertos. Además, los rayos X pueden detectar el falso del verdadero. Huang Fah Kieu trabajaba de un modo la porcelana y los colores de su decoración, que nadie ha podido jamás imitar.

— ¿Y los de Fen Yu? —quiso saber Kwan, pensativo.

—No puedo saberlo —suspiró Younger—, Pero él era un experto. Se hubiera dado cuenta de cualquier engaño...

—Fen Yu era un viejo y buen amigo —comentó lentamente Frank Cole—. Yo también iba a verle para adquirir unos muebles lacados, de. 1745, durante el reinado de Kien-lung. Fue otra venta inconclusa. Me gustaría encontrar a quien mató al viejo amigo, y poderle castigar debidamente.

—Le comprendo, Cole. A mí me gustaría rescatar mis jarrones. Valen

mucho. Y no sólo materialmente...

—En efecto —asintió Cole, paseando por la estancia—, Para el pueblo chino, debe seguir teniendo un alto valor espiritual. Las formas políticas de los pueblos, son algo que llega y pasa. El espíritu de un pueblo sobrevive a todas ellas. Con Mao o sin Mao, en China, en esa región al norte de Pekín, un pueblo desearía ver un día los siete jarrones en sus siete hornacinas. Quizá se sentirían más felices. Y con más fe.

—Eso es una locura. No pueden existir los siete. Y aunque existieran, ¿quién se gastaría en ellos una fortuna, para devolverlos, simplemente, a un país comunista, y dejar que se conviertan en patrimonio de ellos?

—No diga tonterías, Younger. Yo no donaría esos jarrones a un partido político, sino a un pueblo, sea quien sea el que les gobierna. La fe por encima de doctrinas. No me mezclo nunca en política. Para mí, China es China. La gobiernen los mongoles, los Ming, los Tang, o quien ahora está.

— ¿Usted..., usted sería capaz de conquistar, de obtener esos siete jarrones, si existieran, al precio que fuese... para devolverlos a la Pagoda de Marfil?

—Exacto —sonrió Cole—. ¿No lo comprende?

—Francamente, no. Es un capricho que le costaría miles y miles de dólares. Cientos de miles, acaso un millón o más. Y sólo, serviría para que unos campesinos y aldeanos tuvieran fe y se creyeran más felices...

— ¿Le parece poco en nuestro tiempo? -—sonrió tristemente Frank—. Sólo el creernos felices, sería ya hernioso. Tener fe en algo más que el dinero sería un milagro en nuestro mundo de hoy. Un milagro vale bien un millón de dólares, Younger.

—No puedo estar de acuerdo. Buscaré esos jarrones, sí. Pero para mi colección de piezas de arte oriental...

—Muy bien. Inténtelo. Yo intentaré, por mi parte, rescatarlos para China. ¿Acepta mi reto?

—Lo acepto. Llevo ventaja, Cole. Tengo un jarrón. y no lo vendo a ningún precio. Sólo podría obtener seis, en el mejor de los casos.

—Quizá —Cole se encogió de hombros—. Será una saludable rivalidad, Younger. Luchando cada Uno por su lado. Cada uno intentando obtener esos jarrones. Una carrera contra el tiempo. Y contra sus actuales poseedores, sean ellos quienes sean.

—Será una lucha disparatada. No encontraremos más de tres o cuatro, en

total.

—Quizá. Recuerde que hay imitaciones casi perfectas. Puede que salgan, incluso, más de siete. Y habrá que desechar los falsos. Sobre todo, cuando lluevan demandas de jarrones azules Ming, en el mercado mundial de antigüedades,

— ¿Cómo piensa empezar? Suponemos que el autor de ese crimen es un siervo fiel de la mujer contrabandista de Singapur, Draga. ¿Espera rescatar de ella esas despiezas?

—Exacto. Es mi primer objetivo. Y supongo que el suyo también.

—Pero… pero ¿cómo localizar a Draga? ¿Cómo entablar relación con ella, si es tan peligrosa y escurridiza, y se halla tan lejos de nosotros?

—Existe un viejo refrán, Younger: si la montaña no va a Mahoma, es Mahoma quien va a la montaña.

— ¿Se refiere a... a ir a Singapur alguien de nosotros? —boqueó Younger.

—Tal vez no haga falta —rio Frank Cole—, ¿No es cierto, Kwan? Hay alguien que, en estos momentos, no debe estar muy lejos de Singapur...

—Lena... —murmuró Kwan Shang, sorprendido—. Pero ¿qué puede ella...?

Cole hizo un ademán, silenciando a su joven amigo chino. Luego, manifestó burlonamente:

—Recordad una debilidad de la ninfómana Draga: los jóvenes negros atractivos...

Soltó una leve carcajada. Kwan creyó entender a su amigo, y también se echó a reír, ante la sorpresa de Mike Younger, que no lograba entender aquella charada.

Capítulo III
EL TRITURADOR

Era el tercer personaje interesado en el asunto.

El cuarto, exactamente, si se confirmaba que Draga, la contrabandista malaya era la responsable del asesinato de Fen Yu y el robo de los dos jarrones Ming.

Ese personaje era el Triturador.

Ante él, había una lista en estos momentos. Una lista obtenida con dificultades, pero obtenida a fin de cuentas. Los recursos del Triturador eran muchos.

En la lista aparecían unos nombres y unas cifras.

Su posible significado no era tan enigmático como parecía a primera vista.

Michael Younger 1

Draga 2

Sir William Price 1

Coronel H. R. Beswick 1

Profesora Ada Bames........................... 1

Manila, Museo de Arte Oriental ... 1

(Existen otras dos o tres copias, posiblemente falsificaciones... a menos que alguna de arriba lo sea.)

Tras la máscara que cubría su rostro sonó una suave risita burlona. Alzó la cabeza. La caperuza disimulaba totalmente su apariencia física. Una túnica y unos guantes, de igual color negro, le convertían en una especie de nuevo Fantomas.

—Ya lo sabéis —dijo secamente, mirando a los seis hombres erguidos ante él—. Es mi orden: localizad esos jarrones. No os dejéis intimidar por nada ni por nadie. Llegad hasta ellos y robadlos a cualquier precio. Matad si es preciso. Pero quiero todos esos jarrones en mi poder, lo antes posible.

Hizo una pausa. Seis rapadas cabezas asintieron. Los seis hombres eran como seis moles, seis macizas estatuas de granito sin fisuras. Sus músculos eran de un volumen y un poder devastadores. Pero todos ellos sabían- que

había alguien allí capaz de abatirles a todos, uno tras otro, triturándoles los huesos del cráneo, del cuello o del esqueleto todo: era el encapuchado negro. Su amo y jefe: el Triturador.

El nombre no se lo había aplicado él mismo. Lo ganó en los bajos fondos de San Francisco, con su brutalidad devastadora. El Triturador era un formidable, devastador budoka. Sólo que no se atenía al código de honor, limpieza de espíritu y nobleza de corazón de los auténticos budokas. De ellos, sólo tenía la técnica, los conocimientos y la fuerza. Todo eso lo había dedicado al servicio de una causa innoble: su propio lucro, su afán de poder, de riquezas. Su sed de dominio y de autoridad.

Había llegado a ser tristemente célebre en la ciudad, sobre todo en su inframundo delictivo. Y muy especialmente en Chinatown. En los sórdidos recovecos del barrio chino de San Francisco, en la peor y más siniestra parte de ésta, donde el honrado comerciante o el laborioso chino no tenía cabida, en el dédalo tortuoso de fumadores de opio, garitos para homosexuales o proxenetas, jóvenes prostitutas de piel amarilla y drogadictos que preferían el LSD o la heroína al dulzón efecto del opio fumado en bolas, allí era realmente respetado el Triturador.

Se decía que no era chino. Que posiblemente fuese japonés. O quizá incluso un occidental. Pero todo eran simples deducciones Nadie sabía nada de él. Nadie había visto jamás su rostro. Ni siquiera sus seis hombres de confianza,., los luchadores brutales, de cráneo rapado y rostro hermético, capaces de matar por orden de su jefe.

Y ahora, el Triturador estaba interesado en los Siete Jarrones Azules del Imperio Ming. Lo mismo que un joven millonario enfermizo, llamado Mike Younger. Lo mismo que Frank Cole, el Dragón de Oro de San Francisco.

Sólo que sus métodos iban a ser muy diferentes a los de ellos, en la búsqueda y obtención de esos jarrones. Él no se detenía ante nada. Mucho menos, ante el crimen.

Él tenía ya la lista de sus propietarios actuales. Le hacía falta localizarlos a todos, con excepción del Museo de Arte Orientar de Manila, en las islas Filipinas. Draga, la mujer contrabandista, estaba en Singapur. Pero el Triturador sabía lo difícil que resultaría dar con ella... y arrebatarle los dos jarrones.

Por otro lado, los objetivos del Triturador eran, en el fondo, muy distintos a los que perseguían los dos hombres que se habían retado pocas horas antes, en una casa de Telegraph Hill.

Younger quería poseer en su valiosa colección la totalidad de los jarrones

azules. Frank Cole, quería devolverlos a su lugar original, en una antigua pagoda china.

El Triturador buscaba siete jarrones. Pero en realidad, sólo deseaba poseer, uno de ellos. Uno que, según sus informes, valía por todos los demás.

Pero ¿cuál de ellos?

— ¡Vamos, marchaos ya! —dijo, bruscamente, dando un seco golpe con su mano enguantada ante la mesa donde se acomodaba—. Ya conocéis vuestras respectivas misiones. No falléis. Yo haré la mía, entretanto.

Los seis silenciosos luchadores de cráneo calvo y reluciente, asintieron, inclinándose ceremoniosamente ante el Triturador. Luego, abandonaron la cámara donde se reunían habitualmente con su misterioso jefe, en el corazón mismo de Chinatown.

Poco más tarde, en unos almacenes cercanos con puertas metálicas, se abría una pequeña puertecilla y un hombre envuelto en una amplia gabardina, tocado con sombrero y cubierto el rostro por una venerable barba canosa, salía, apoyándose en un bastón, y caminando con paso corto y rápido hacia un automóvil aparcado allí cercad

Una vez dentro de él, la barba y el sombrero desaparecieron, dejando paso a un rostro muy diferente. El hombre puso en marcha el automóvil, soltando una suave y fría carcajada, y se alejó por las angostas calles de Chinatown, en dirección al centro de la ciudad.

Nadie hubiera imaginado, viendo a aquella persona al volante que el Triturador en persona había salido de su cubil y se disponía a atacar, para ser el vencedor en una lucha titánica por siete jarrones de la dinastía Ming, que significaban cosas distintas para varias personas lanzadas en busca de ellos.

Para Mike Younger, un capricho de coleccionista. Para Frank Cole, un medio de devolver un legado espiritual a un pueblo. Para el Triturador, una forma de alcanzar una insospechada fortuna.

Y para Draga, la misteriosa mujer contrabandista de Malaca... ¿qué significaba para ella, exactamente?

* * *

El junco se detuvo mansamente en el embarcadero.

Recogió sus velas el esbelto y hábil muchacho de pelo rizoso y piel oscura, y saltó a tierra, abriéndose paso entre las cajas y cestas de pescado que otros tripulantes de vecinos juncos chinos apilaban en los muelles de Singapur, para

proceder a la venta de su producto arrancado al mar.

El joven de color tenía un rostro singularmente agraciado, un tipo flexible, elástico y juvenil. Se cubría, solamente, con una camisa color caqui y unos pantalones de amplia tela azul, deshilachados sobre las delgadas pantorrillas.

Iba silbando una canción entre dientes, sin hacer caso de todos los vendedores que voceaban sus mercancías por doquier, en un mare mágnum propio de aquella zona portuaria la exótica ciudad del león, como era llamada en todo Oriente, El río Singapur, a sus espaldas ahora, aparecía materialmente cubierto de embarcaciones nativas, de simples barcazas para pesca o transporte, snampans y juncos, en policromado conjunto. En las orillas, las edificaciones, con sus inclinados tejados que recordaban las pagodas, se alineaban pintorescas, contrastando con la zona céntrica de la urbe, totalmente occidentalizada, con sus hoteles lujosos, como el Raflles, que, contra lo que pudiera pensar un profano en la materia, no debía su nombre al famoso personaje de las novelas, al ladrón de guante blanco de la literatura de otros tiempos, sino al fundador de la ciudad, en 1819, sir Thomas Stamford Raffles.

Ciudad de comercio, de pagodas y de magia oriental, desde los encantadores de serpientes hasta los que leían el porvenir o lanzaban una cuerda al aire manteniéndola vertical y ascendiendo por ella, sin punto alguno de apoyo. Ciudad de mescolanza china, malaya e hindú, y por supuesto, occidental, con claras influencias británicas que la Commonwealth no se molestaba en diluir, ni los nativos intentaban anular.

Aquello era Singapur. Más de un millón de habitantes, hacinamiento insólito en los suburbios y zonas portuarias y ribereñas, y amplitud de avenidas y edificios modernos y pulcros en su centro comercial y oficial. Puerta asomada a los Mares de China y al Mar de Java. Umbral de otro mundo para quien no conocía el Occidente. Miseria y esplendor, magia y truhanería, vieja encrucijada de varios mundos.

El joven negro llegó a un punto del río donde desaparecían virtualmente las embarcaciones nativas y la multitud vocinglera. El aire se hizo más limpio, sin olor a pescado y a aguas sucias. Los edificios más modernos y cuidados.

El club náutico, con los embarcaderos de canoas y yates, apareció ante el muchacho de piel oscura. Este sonrió, hundiendo las manos en los bolsillos de su amplio pantalón, y siempre canturreando, como si se sintiera el más feliz de los hombres.

Pasó una exuberante muchacha malaya, y le palmeó descaradamente el trasero, alejándose con una risa, mientras ella se volvía a increparle, airada. Siguió adelante, y se detuvo, absorto, en uno de los puntos del paseo paralelo a los embarcaderos de yates.

Había amarrado allí uno de esos yates, el más moderno, suntuoso y bello de todos. Afilada proa, color blanco, con cubierta de lustrosas maderas oscuras, un puente con toldos de franjas multicolor, una pequeña piscina en su popa... Amplio y lujoso. Un auténtico palacio flotante.

— ¿Te gusta, muchacho? —preguntó la voz, a su espalda.

Se volvió, con gesto de sorpresa. Frunció el ceño, contemplando con ojos de curiosidad y recelo a los dos individuos plantados ante él.

Eran dos malayos vestidos pulcramente con camisa blanca y pantalón y zapatos del mismo color. Sobre el bolsillo izquierdo de su camisa, lucían un bordado curioso: un dragón serpenteante, en color plata.

Le sonreían casi amablemente. Pudo advertir la fortaleza de los hinchados músculos que la corta manga de la camisa dejaba ver, en los malayos. De soslayo, observó que en la cubierta del bello yate había asomado otro individuo de igual uniforme blanco y la misma raza.

—Claro —dijo con voz ronca, algo desgarrada, como la de cualquier muchacho de los bajos fondos—. ¿A quién no le gusta un cacharro semejante?

— ¿Quieres subir al cacharro? —sonrió uno de los malayos.

— ¡No, no! —negó vivamente el muchacho negro—. No me gusta aceptar invitaciones de desconocidos. Yo también tengo mi propia embarcación, no crean...

— ¿Un yate? —sonrió el otro, burlón.

—No, claro que no. Un junco. Pero puedo navegar con él.

—Ahí puedes hacer algo más que navegar —ponderó el malayo—. Hay bebidas frescas, buena comida, una piscina de agua clara y limpia, sombrilla para el sol, confortables y frescos camarotes... Es como vivir en una residencia lujosa. Mejor aún, muchacho.

—Lo supongo. Pero no está hecho para mí.

— ¿Por qué no? Es sólo una visita, recorrerás a gusto el barco.

—No —insistió el muchacho.

—Es una invitación de nuestro patrón.

—No me gustan esas invitaciones. Un día acepté una. Y al tipo... Bueno, el, tipo resultó ser un maldito invertido, un marica, ¿entienden?

Los dos malayos se echaron a reír y se miraron entre sí. Uno de ellos declaró:

—Puedo garantizarte que no será eso lo que te suceda en este yate. Nuestro patrón... es patrona. Una mujer. ¿Ahuyenta eso tus recelos?

— ¿Una mujer? —refunfuñó el chico, aún con aire desconfiado.

—Claro. Allí está. ¿No la ves?

Señalaban un punto, junto a la piscina de aguas azules y limpias. Aguzó la mirada el muchacho de piel color bronce oscuro. Antes, la mujer no estaba allí. Pudo verla ahora con cierta nitidez.

Tenía pelo largo, negro y sedoso. Parecía llevar un bikini muy breve. Casi imposible lucir menos tela sobre su anatomía, a menos que se pusiera desnuda. Tenía la piel suave, de un color entre aceitunado y broncíneo de sol, pero normalmente debía ser pálida, ligeramente olivácea. Una mestiza, posiblemente. Mitad oriental mitad occidental. Una mezcla ciertamente explosiva.

—Sí, desde luego es una mujer —silbó entre dientes, con admiración—. ¡Vaya tipo!

—Pues ya puedes verla de cerca. Sube. Nadie te hará nada, muchacho. La patrona es toda una dama. Si te portas formalmente, quizá puedas volver otro día. ¿Cuál es tu nombre?

—Lem —dijo con sencillez el muchacho—. Lem Tiger. Está bien. Subiré. Gracias, amigos.

Y, ciertamente, echó a andar hacia la pasarela que conducía a bordo, con aire despreocupado. Parecía lo que decía y aparentaba ser: un muchacho que gustaba del bello sexo, de los barcos lujosos y de la vida de holganza.

Sólo Lena Tiger, la mujer hermosa y agresiva que se hallaba bajo aquel disfraz, sabía lo que le costaba disfrazar sus curvas adecuadamente, con aquel ancho pantalón, y oprimiendo sus pechos bajo una camiseta endiabladamente fuerte, como una faja, para ocultar formas que hubieran revelado, inevitablemente, su auténtico sexo.

Mientras subía a bordo del lujoso yate, se preguntó si aquella extraña misión encargada por Frank Cole desde San Francisco, no resultaría mucho más peliaguda y difícil de lo previsto.

Tal vez a bordo estuvieran aquellos jarrones, o el modo de llegar a ellos. Tal vez iba a conocer a Draga, la contrabandista.

Pero sabía que Draga era una ninfómana, que suspiraba por los muchachos de raza negra. Y ella, Lena Tiger, era todo feminidad. Aquella situación, fingiendo ser un muchacho, iba a constituir una dura prueba para ella.

Sobre todo, según fuese el comportamiento de la ardiente contrabandista de Singapur.

Pero pronto iba a salir de dudas al respecto.

Más pronto de lo que ella imaginaba.

Capítulo IV
DRAGA

Era realmente impresionante.

Aun Lana, siendo mujer, tenía que admitirlo así. Rara vez se encontraba una belleza como la de Draga. La contempló fijamente, mientras ella se desperezaba, felina, irguiéndose en su silla de lona y dejando ver en todo su esplendor la anatomía increíble de su figura.

El cabello, como laca hilada, negrísimo, caía en cascada suave y brillante sobre los hombros desnudos. El rostro exótico, de rasgos orientales, tez bronceada, ojos oblicuos y hermosísimos, era un óvalo perfecto, digno de figurar en una de las miniaturas de porcelana del genial Huang Fah Kieu, artífice de la época Ming.

Su cuerpo, desde la mórbida arrogancia de sus pechos enhiestos hasta el dibujo sinuoso de sus caderas, cintura y vientre, era una escultura en alabastro levemente aceitunada. Pero una escultura viva, palpitante, plena de sensualidad candente.

Caminó despacio, sobre sus chinelas de madera lacada negra, con dragones de plata, hacia Lena Tiger. Los ojos negros, rasgados, relampaguearon con un deseo mal contenido al fijarse en quien, para ella, era un muchacho delicado y bello, de su raza preferida.

—Es una turbadora visita —comentó, con voz de terciopelo, la hermosísima Draga, dueña y señora de los bajos fondos de Singapur, y reina secreta del mundo portuario de los estupefacientes, las perlas y las gemas de contrabando—. Eres un chico muy guapo, Lem. ¿Te lo han dicho ya antes otras mujeres?

—Sí —Lena tragó saliva, como si se sintiese turbada. En realidad lo estaba, pero no como imaginaba su interlocutora. El equívoco podía llegar a ser embarazoso, si Draga era sólo la mitad de ardiente que decía la voz popular. Y aquellos ojos, aquellos labios gordezuelos, que humedecía con su lengua de vez en vez, no. auguraban nada bueno para la representación de Lena Tiger.

Draga hizo un gesto. Uno de sus malayos de impecable atavío, cubrió sus hombros con una capa de seda negra, salpicada de dragones plateados, y una gran letra D, bordada igualmente en plata, sobre cada solapa de la prenda, que colgó en tomo a su cuerpo, dando a aquella semidesnudez un aire más mórbido y excitante aún. No para Lena, por supuesto, que no tema nada de lesbiana en sus gustos.

—Creo que te gustan los yates lujosos, ¿no es cierto?—ronroneó la contrabandista, con los ojos fijos en Lena.

—Pues... sí —admitió la mulata, con su falsa voz de muchacho, ronca y desgarrada—. Mucho. Este es precioso, señora...

—Por favor, no me llames señora —sonrió ella, voluptuosamente—. No me gusta ese término. Mi nombre es Draga. Eres mi invitado. Ven. Te haré los debidos honores.

—Pero..., pero yo no quiero molestarla... —argumentó Lena, siempre en su papel—. Le aseguro que me iré feliz. Ya... ya he visto el yate y...

—No. No has visto nada. Ven. Conocerás los camarotes, su interior, todo. Es digno de verse. Luego, tomarás algo conmigo. Bebidas frescas, alimentos..., lo que quieras.

—Pero sí yo no...

—Por favor —parecía rogar, pero la voz y la mirada eran una orden tajante. Lena miró en tomo. Los malayos cerraban, toda posible salida hacia el suelo del embarcadero de yates—. Ven conmigo. No voy a hacer te nada..., nada que sea malo, Lem.

Sonrió, con aquella sofisticación suya, y la tomó de una mano. Lena deseó más que nunca, echar a correr, saltar la borda y alejarse de aquel yute, desobedeciendo las instrucciones de Cole. Pero cuando Frank se lo pedía, era por algo. Y algo importante, sin duda. Además, ella haría cualquier cosa por Frank. Cualquier cosa menos dejar que aquella farsa fuese demasiado lejos, por supuesto.

Siguió de mala gana a Draga al interior del fastuoso yate. Comenzó el recorrido de su cubierta, hasta alcanzar el acceso a los camarotes, una escotilla amplia con escalera descendente, que terminaba en un corredor estrecho y limpio, con puertas de color nogal y dorados lustrosos en las barandillas y adornos.

Los camarotes eran auténticas suites en miniatura de cualquier hotel de lujo. A bordo había toda clase de refinamientos. Incluso un comedor alargado, con mesa central, de laca china, muebles orientales y suntuosas riquezas adornando muros y muebles.

Los ojos de Lena Tiger resbalaron presurosos, pero agudos, sobre dos objetos determinados, dentro de una vitrina de cristal.

Dos jarrones azules, con dragones blancos y platinados, repletos de bellísimas miniaturas policromadas.

Recordó las instrucciones concretas emitidas por Frank a través de la radio-emisora que mantenía en contacto a lo largo y ancho del mundo a los Tres Dragones de Oro, se hallaran donde se hallaran, como elle estaba por entonces en Sumatra, después de una misión recién cumplida de Los Tres, disfrutando de unas breves vacaciones.

Esas palabras de Frank, emitidas en clave, habían sido bien concretas: |

—Se trata de dos jarrones azules de la dinastía Ming. Su valor es incalculable. Y ya han costado una vida aquí, en San Francisco.

Los jarrones estaban allí. A la vista de cualquier visitante del yate. Lena se preguntó qué medidas de seguridad habría en tomo a aquella vitrina aparentemente vulgar, aparte la presencia de los hombres de traje blanco y raza malaya. Todos ellos, dada su fortaleza muscular, eran, evidentemente, luchadores. Pero algo más habría allí para preservar aquellos fantásticos jarrones de cualquier intruso.

— ¡Vamos, siéntate! —pidió Draga, tras visitar todo el yate, dé regreso al exótico comerdor oriental—. Te servirán lo que quieras, muchacho.

Lena se acomodó en un asiento de cojines de colores brillantes, dispuesta a seguir estudiando, en torno suyo, la existencia de posibles procedimientos de detección y alarma contra un intruso. Con desagrado e inquietud, notó que Draga se sentaba a su lado, encogiendo el cuerpo voluptuosamente y poniéndose en contacto con el suyo, como por simple azar.

—Tomaré... algo fresco —musitó Lena, como si fuese un chico azorado—. No tengo apetito, Draga.

—Muy bien —palmoteo, descubriendo a los ojos de Lena que sus dedos eran largos y marfileños, con uñas lacadas color plata, larguísimas y afiladas como púas. Uno de sus hombres, el único que quedaba presente, se inclinó, respetuoso—. Pronto, bebidas frías para mi invitado y para mí.

—Sí señora —y salió presuroso el malayo, dejando solas a las dos mujeres.

Lena sintió un escalofrío. Los ojos de Draga eran fuego clavado en ella, como presintiendo el estallido de sus pasiones exaltadas. Para Draga, aquel falso muchacho de cuerpo esbelto y ágil, de rostro suave y hermoso, era una pieza codiciada, sin duda alguna.

Y estaban a solas, ahora. Notó que Draga se aproximaba. El brazo de ella pasó por su espalda, y la otra mano acarició su tobillo, subió hacia la rodilla.

Lena pegó un respingo, poniéndose en pie. Draga la miró con disgusto y sorpresa.

— ¿Qué te ocurre? —preguntó.

— ¡No, no, nada...! —jadeó la mulata, apurada—. Soy... soy muy nerviosa.

— ¿Es que no te gusto? Supongo que no serás... un... un muchacho equívoco. Me dijeron mis hombres que miras a las chicas… que te gustan...

—Claro... claro que me gustan. Pero… usted... usted me pone nervioso, Draga.

—Eso es delicioso —rio ella, exhibiendo la rosada puntita de su lengua entre los labios e incorporándose para ir tras de Lena—. Ese nerviosismo... se volverá placer cuándo te tenga en mis brazos y...

Casi la rozó con ellos, en un abrazo apasionado. Lena saltó ágilmente, apartándose de ella, cuando Draga musitaba:

—Lem, querido... Puedes ponerte cómodo. Hace calor incluso aquí... Tus ropas te estorbarán...

Los cabellos rizosos de Lena casi se erizaron. Si se desvestía, si aquella mujer la obligaba a ello, se descubriría el truco, Y si no se dejaba, ella podría enfurecerse.

—No, no... —protestó—. Le ruego... que espere...

—Pero ¿qué te ocurre? —se irritó Draga, taconeando en el suelo con ira—. Me estás huyendo, Lem, y eso no es lógico, ni voy a consentir que tú...

Se detuvo al entrar su servidor con la bandeja de refrescos. En silencio, puso las bebidas en la mesa lacada. Lena miró a la puerta angustiosamente. Había otro malayo en ella, con los brazos cruzados.

A un gesto de Draga, el servidor se ausentó de nuevo y cerró la puerta. Lena Tiger se consideró perdida. Porque a Draga le importaba un rábano el refresco o la cortesía con su visitante. Ahora era una hembra lanzada por el deseo irrefrenable. La ninfómana que le describiera Cole en su mensaje por radio...

—Ven, Lem, amor mío... —jadeó la contrabandista, aproximándose a Lena con sinuosos y rápidos pasos, acorralándole en un rincón, casualmente junto a la vitrina de los jarrones azules. Ven, mi vida... Deseo ser tuya, que tú seas mío... Muchacho, estoy loca por ti. No huyas, no temas nada...

Vaya si huía. Lena se escurría como una anguila, eludiendo cada vez con mayores dificultades el abrazo y el acoso de aquella mujer lujuriosa. En uno de sus movimientos rozó la vitrina, cerca del ojo de buey correspondiente a

aquel lado del camarote.

Una sirena sonó, estridente, por todo el barco. Los malayos aparecieron inmediatamente en la puerta, provistos de armas de fuego, encarando a las dos mujeres. En el muro, una luz roja oscilaba intermitente.

Draga, airada, se volvió a sus hombres.

— ¡Estúpidos! —jadeó—. ¡Salid de aquí! ¡Cortad el contacto del detector electrónico!

—Pero..., pero entonces la vitrina... queda indefensa, señora... —alegó uno de ellos.

— ¡Es una orden mía! —gritó Draga, enrojeciendo—. ¡Y se obedece sin replicar! ¡Ya daré yo la orden para que vuelva a ser activado! ¡Fuera de aquí, pronto!

—Sí, sí, señora... —musitó el malayo.

Y cerró, desapareciendo. Unos segundos después, cesaba de sonar al timbre de alarma a bordo. E, inevitablemente, Draga se volvió a la carga, sorprendiendo a Lena cuando estaba reflexionando sobre el momento preciso que vivía dentro del yate, con la vitrina desconectada, con los jarrones virtualmente a su alcance. Pero con ella misma al alcance de las caricias de aquella ninfómana exaltada.

—Lem, mi amor, disculpa la interrupción. ¡Oh, no te alejes...! Soy tuya, ven... —insistía Draga, acorralando de tal modo a Lena, que esta vez la infortunada mulata se vio incapacitada de evadirse, entre la vitrina, el muro del camarote... y la hermosa contrabandista ante ella, rodeándola ya con sus brazos.

—No, no... —gimió Lena, exasperada—. Deja que te explique, Draga...

Draga no esperaba nada. Jadeaba, ávida de cobrarse su presa. Con brutalidad, su mana desgarró la camisa de Lena. Y con ella rasgó igualmente la prieta camiseta qué había debajo.

Un par de arrogantes senos color canela, brotaron impetuosamente, ante los ojos incrédulos de Draga, que lanzó una imprecación, dando un salto atrás

— ¿Qué... qué significa? —murmuró, atónita.

—Iba a decírtelo,.. —susurró Lena, haciendo funcionar su cerebro con rapidez—. Yo..., yo soy una mujer... Huyo de la policía inglesa y de la de Singapur... Tuve que disfrazarme hace unas semanas... para pasar

desapercibido. ¿Entiendes ahora? Has de ayudarme, Draga...

— ¿Ayudarte? —los ojos oblicuos centelleaban con una extraña luz. La miraba de modo raro, sus ojos fijos ahora en los pechos morenos de la mulata —, Escucha, preciosa... A estas alturas, ya me importa poco quien seas. Quizá te hayan dicho que soy ninfómana... ¡pero también soy lesbiana!

Y con una carcajada ronca, con idéntico ardor que antes, se dispuso a envolver entre sus brazos a Lena Tiger.

Esta hizo lo único que le era dado hacer, llegado aquel delicado momento.

Sus brazos salieron disparados, en una acción de aikido. Era su técnica especial de lucha. Pocos aikidokas en el mundo podrían compararse a Lena Tiger.

Como si se defendiera dé un ataque en Shomen-Uchi —que, a fin de cuentas, tenía una cierta semejanza con el ataque sexual de Draga en esos momentos—, procedió Lena a adelantar por el lado derecho de Draga su pie izquierdo, detuvo con el antebrazo zurdo el brazo derecho de ella, y simultáneamente, le pegó en pleno rostro con el puño derecho. Era un acto Omote, o positivo —llamado también Yang, y necesitaba así entrar virtualmente en el hipotético ataque del enemigo.

Sorprendida, Draga se paró en seco, aturdida fuertemente por el impacto. Instintivamente, trató de reducir a Lena, no con ánimos de pelea, sino de combate puramente erótico, con un gruñido casi de complacencia por la resistencia de la hembra al acoso de la otra hembra.

No hizo así más que seguir el juego a Lena, ya privada de todo afán de ficción o de engaño. Con el canto de la mano derecha, tras el golpe anterior, empujó la muñeca derecha de Draga, y en seguida, con la mano, le aferró la misma muñeca adelantando un gran paso su pie diestro, hacia el interior de los pies y piernas de la semidesnuda Draga.

Para ayudar ese movimiento, Lena puso su mano zurda abierta, encima del codo derecho de Draga. Cuando ésta se desequilibró, Lena adelantó su pie izquierdo en movimiento circular, usando como eje el derecho, en Tai Sabaki. Luego, siguió empujando el codo de Draga con su mano izquierda, y tiró hacia su rodilla derecha, la muñeca del mismo brazo de la contrabandista. Cayó así Draga abajo, pegando en el suelo.

Lena, veloz —todo esto apenas si había llevado un par de segundos— cayó sobre Draga y su mano pegó de canto en la nuca dé la hermosa mujer. Quedó inconsciente en el acto, sin exhalar Siquiera un gemido.

Se levantó Lena sin un solo jadeo de fatiga. Los budokas saben, ante todo,

respirar adecuadamente para evitar el cansancio. Su cuerpo flexible obró con rapidez. De entre sus pantalones, extrajo una bolsa plegada, dé material plástico esponjoso. La abrió. Tenía dos recipientes, separados por espuma y cremallera.

Alzó la cabeza. Miró la vitrina. Le bastó descargar con su puño un impacto terrible y seco sobre el vidrio. Este se pulverizó, cómo si le hubiera golpeado una barra de hierro. Los nudillos de Lena ni siquiera lo notaron.

Los malayos no entrarían, puesto que ella les había dado una orden tajante, y su autoridad sobre ellos parecía fuera de toda duda. Lena Tiger tomó cuidadosamente el primer jarrón azul. Lo introdujo en el fondo de la blanca bolsa de espuma. Luego, cerró la cremallera y la cubrió con una solapa de plástico blando, es-pumoso. Sobre aquel lecho suave, depositó el segundo jarrón. Repitió la operación, cerrando la cremallera exterior y, una vez hecho todo esto, se puso la bolsa en bandolera, encaminándose al ojo de buey inmediato. Lo abrió con rapidez y...

Otra señal atronó el yate de proa a popa. Había accionado una segunda alarma que actuaba sobre el oficio de salida en el casco del buque, y que los malayos no habían desconectado.

Era un desastre, porque dos de los sicarios de Draga abrieron impetuosamente la entrada al camarote, por si algo anómalo sucedía dentro. Era obvio que había orden rotunda de no tocar los ojos de buey de aquel camarote-comedor.

— ¡Traición! —aulló uno en lengua malaya—. ¡El negro se escapa...! ¡Y ha roto las vitrinas y robado los dos jarrones...!

Luego, el malayo se quedó mudo de asombro, al descubrir que el negro tenía unos pechos muy respetables, totalmente, al aire, nada acordes con el sexo atribuido al mozo.

Pero ya para entonces, Lena Tiger era un auténtico: felino, una pantera negra que, en vez de utilizar el aikido como procedimiento de lucha, recurría a sus conocimientos de Tae Kwon Do, para lanzarse sobre los dos malayos, cuando éstos buscaban ya sus armas de fuego.

Una Dol Liyo Cha Ki o patada circular, proyectada con formidable potencia, estrelló su pie izquierdo en el estómago e hígado de uno de ellos, doblándole en seco y lanzándolo contra el muro del camarote, por el que se deslizó, quedando inmóvil en el suelo.

El segundo, antes de que pudiera disparar su automática provista de silenciador, era víctima de un demoledor Ap Cha Ki o patada frontal de

enorme virulencia, que hizo crujir el tabique nasal del golpeado. Un alud de sangre brotó de su quebrada nariz y poniendo los ojos en blanco, se derrumbó junto a su compinche,

Ya otros dos malayos de blanca ropa aparecían por el pasillo, esgrimiendo sus armas de fuego. Para entonces, Lena había logrado abrir totalmente el ojo de buey, lanzándose por su abertura.

Gracias a la esbeltez de su cuerpo, elástico, musculoso, carente por completo de grasa, la figura femenina cruzó el angosto círculo limpiamente, como una pantera haría con un aro de fuego, sin rozar siquiera los bordes... y chapoteó al tocar el agua, junto al casco de la embarcación.

Lena aspiró profundamente el aire. Su inspiración llenó de oxígeno sus poderosos pulmones de mujer habituada a la dura disciplina respiratoria del budo, que le permitía controlar su respiración perfectamente, agotando al máximo las posibilidades de contener el aliento y expulsar el aire viciado de sus pulmones, prolongando la inmersión tanto como' podían hacerlo los pescadores de perlas de Ceilán.

Notó el impacto de las silenciosas balas, sobre la superficie de las aguas del embarcadero, mientras ella, llevando en bandolera la bolsa con los dos jarrones, buceaba expertamente a considerable profundidad, buscando el mayor distanciamiento del casco de la embarcación de placer.

Aún no estaba todo hecho, pero sí lo más difícil de su misión. Sorprendentemente, no había necesitado estudiar el terreno para hacer una posterior visita al yate, tal y como ella y Cole planearan. Gracias a los desmedidos apetitos de Draga, había conseguido su objetivo con insólita sencillez, en su primera visita a bordo.

Más tarde, hombres rana al servicio de la reina de los contrabandistas de Singapur, se lanzaban al fondo de las aguas, en busca de la ladrona de la piel canela. Pero ya era demasiado tarde. Lena. Tiger era lo bastante hábil y capacitada para resolver la pugna a su favor. Una canoa a motor robada la condujo, casi exhausta tras la larga inmersión, hacia el barrio pescador de la ciudad, y una vez allí subió a bordo de su junco y se alejó hacia otro punto del litoral, donde otra embarcación la esperaba, dispuesta en todos sus detalles. Se hizo a la mar en ella, pero solo hasta que, tras un mensaje radiado a determinada emisora portátil, un helicóptero planeó sobre ella, recogiéndola con su preciada carga.

— ¡Bien venida a bordo! —la saludó Kwan Shang, su camarada y amigo —, le felicito, Lena. A esto le llamo yo una operación relámpago. Ya tenemos los jarrones robados al anticuario asesinado. Pero nos faltan todavía otros cinco. Uno, lo tiene un amigo de Frank, un millonario llamado Younger, de

modo que quedan cuatro...

— ¿Cuatro todavía? —resopló Lena, estremeciéndose al recordar las desatadas pasiones de Draga, la contrabandista—. Espero que no todos resulten tan trabajosos...

— ¿Trabajosos? —se asombró Kwan, mirándola mientras conducía el helicóptero sobre el apacible Mar de China, en ruta hacia las islas Filipinas—, ¡Pero si lo has hecho en un tiempo récord! Una hora escasa, te ha bastado para conseguir algo que Frank imaginaba precisaría días o semanas enteras...

—Una hora, sí, pero... ¡qué hora! —murmuró la joven mulata, con cómica angustia. Luego, contemplando el inmenso espejo azul donde se reflejaba, como la de un insignificante mosquito, la sombra del helicóptero, añadió, intrigada—: Y añora... ¿adónde vamos, Kwan?

—Directamente a las Filipinas. En Manila nos espera Frank.

— ¿Por qué Manila?

—Allí hay un jarrón azul Ming. En el Museo de Arte Oriental de la ciudad. Un tal doctor, Silas Henderson es su director... Veremos lo que sucede allí. Mucho me temo que nuestro rival en esta carrera, Mike Younger, haga algo para apoderarse de ese jarrón antes que nosotros.

—De modo que es una carrera deportiva...

—Algo así. Pero con más de un millón de dólares en juego. Y alguna que otra vida humana, si las cosas se ponen feas, Lena. Draga no creo que renuncie a su parte en el juego, después de que ha sido burlada...

— ¿No sabéis dónde están los otros tres jarrones?

—No. Aún no. Frank está en eso, pero no hay noticias concretas. Existen muchos jarrones apócrifos, que apenas si valen nada... Tal vez pronto sepamos su paradero.

Sí. Muy pronto iban a saber el paradero que tuvo uno de los jarrones. Lo malo es que lo sabrían demasiado tarde. Pero eso no lo sospechaba Kwan Shang mientras conducía a Lena rumbo a la capital de las islas Filipinas.

Como tampoco sospechaba que muy pronto conocerían la existencia de un nuevo enemigo, un personaje más, en la carrera deportiva por alcanzar siete jarrones Ming.

El peor, el más siniestro de todos ellos. El más despiadado.

Un monstruo asesino llamado el Triturador...

Capítulo V
JARRONES CUARTO Y QUINTO

El coronel H. R. Beswick negó rotundamente con su canosa cabeza, ante la mirada astuta y calculadora de, Rufus Zadoyan, el marchante armenio de arte, en la amplia tienda de antigüedades de Nueva Delhi.

— ¡No, Zadoyan! —rechazó vivamente—. Eso no vale; absolutamente nada. Ni siquiera diez libras esterlinas.

—Pero coronel,.. —murmuró Zadoyan vivamente, mostrando su sorpresa por las palabras de su cliente—, Le aseguro que es legítimo; uno de los pocos que todavía quedan en el mundo.

— ¡Mentira! —cortó el militar fríamente—. Sabe usted que es absolutamente falso. Ese jarrón es una mala copia, una vulgar imitación de los auténticos. El mercado mundial está lleno de ellos. Son obra de un artista estúpido, ese Shi-Lung que creé poder engañar como bobos a todo el mundo, incluidos expertos en el arte.

—Le aseguro, coronel, -que tengo pruebas fidedignas de que este jarrón es auténtico, y haría perfecto juego con el que usted posee. Me ha costado mucho encontrarlo y...

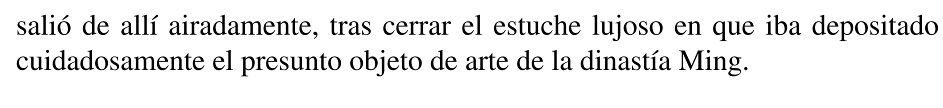
—Muy bien, ya que insiste, le diré algo, Zadoyan —tronó la voz del antiguo militar de las Colonias, ahora dedicado simplemente a vivir en su ambiente favorito, aquella India que él conociera como oficial joven de las tropas británicas destacadas en la India colonial—. Le encargué un jarrón idéntico, porque me consta que hay uno, cuando menos, que ha pasado últimamente de mano en mano. Quiero ese jarrón Ming y no otro. Si usted me trae ese mismo jarrón con una comprobación de autenticidad, firmada por tres expertos de solvencia, yo le pagaré la cantidad que me fije, sin la menor discusión. ¿Está conforme en las condiciones?

—Sí, coronel. Estoy conforme —aceptó de mala gana Zadoyan—. Pero le aseguro que...

—No asegure nada. Ni lo jure, amigo mío —suspiró H. R. Beswick—. Sencillamente, tráigame algo que merezca confianza, y tendrá su dinero. Es todo. Buenas tardes.

—Buenas tardes, coronel. Volveré con esa comprobación oficial —aseguró Zadoyan, sin que su voz revelase confianza alguna en lo que él mismo decía —. Y tendrá que pagarme y admitir que se equivocó...

Recogió su jarrón azul, sin que el militar se dignase siquiera responderle, y


salió de allí airadamente, tras cerrar el estuche lujoso en que iba depositado cuidadosamente el presunto objeto de arte de la dinastía Ming.

—Ese charlatán embaucador... —refunfuñó el militar, cuando se quedó solo—. Vale mucho más el estuche, que todo lo que contiene...

Se encaminó con su habitual aire marcial al interior de la ajardinada residencia que ocupaba en la zona residencial de Nueva Delhi, mientras la tarde declinaba, en derredor.

En la sala, erguido ante un maravilloso ejemplar de cerámica azul, blanco y plata, auténtico prodigio de las porcelanas chinas de otros tiempos, un joven parecía absorto en la contemplación de las obras de arte. Al carraspear el militar, se volvió lentamente, con gesto turbado, como el niño cogido en una falta.

— ¡Oh, tío Horace...! —dijo cohibido—. No te oí llegar... ¿Ya posees otra maravilla como ésta? ¿Te costó muy cara?

—Si hubiera pagado por el jarrón de este marchante tan sólo diez guineas, hubiera perdido dinero, mi querido Archie. Pero supongo que tú, criado en San Francisco, y en todo ése ambiente patán de los americanos, difícilmente hubieras distinguido una pieza de otra...

—Tío, no soy un idiota —pareció disgustado y ofendido el joven atlético, vigoroso, de facciones varoniles y crespo cabelló rubio, mirándole con pesar —. No entiendo mucho de arte oriental, la verdad. Pero no creo que me hubiesen engañado si la imitación era tan burda...

—No te fíes de nada, sobrino. La imitación no era tan mala. Pero no podrían engañar a un viejo zorro como yo.

—Ese Zadoyan, entonces, es un granuja...

—Todos ellos lo son. Comercian en arte porque da mucho dinero, no porque les guste…

—Me gustaría llevarme esa copia a California —sonrió el joven sobrino del militar—. Seguro que allí no se entera nadie de que es falsa.

—No lo creas. También hay buenos conocedores del arte oriental en Estados Unidos, especialmente en San Francisco. Pero, claro, la mayoría de tus compatriotas son unos perfectos patanes, muchacho.

—Tío Horace, eres cruel —sonrió Archie Beswick—. De todos modos, aunque nací allí, no me siento exactamente americano. Sigo siendo tan inglés como papá y mamá.

—Me enorgullece, hijo. Tus padres fueron siempre ciudadanos británicos, pese a cuantos años vivieron en América, Tú eres americano de nacimiento, pero inglés de sangre. Procura seguir así. Me harás muy feliz. ¿Piensas quedarte mucho tiempo en la India?

—Por desgracia, solamente dos días. Debo seguir viaje hacia otros sitios —suspiró Archie—. Mi trabajo me lo exige.

—Sí, entiendo. ¿Sigues dedicándote a esas cosas de representación deportiva?

—En efecto, tío. Mi negocio son los dojos, tatamis y todo lo relacionado con la práctica de Artes Marciales. Está de moda, y hay que aprovecharlo. También represento otras prendas deportivas, pero lo que más vendo en todo el mundo son esas cosas: tonfas, nunchakus, makiwaras, instalación de salas, bolsas, karateguis, protecciones y todo lo demás.

— ¿Y te dedicas también a combatir, a practicar esas extrañas artes de lucha oriental, Archie? —arrugó el ceño el militar, estudiando a su sobrino.

—En cierto modo —rio el joven—. Practico algo de todo. Ayuda a conocer mi trabajo y el material que vendo. Ahora, siendo yo el jefe de ventas generales al extranjero, debo hacerme cargo de mi trabajo con todo mi afán y dedicación, tío.

—Te felicito. Espero que prosperes en ese negocio. Pero cualquier día, la gente se cansará de practicar esas artes y... ¿entonces?

—No lo creas. La gente ha empezado a comprender lo que significa dominar las Artes Marciales. Son como una forja del espíritu, una enseñanza psíquica y mental, una forma de moldearse uno de modo diferente y mejor.

—Bueno, basta —cortó el militar, con brusquedad no exenta de humor—. No vas a venderme ninguno de tus malditos trastos, por mucho que los ponderes. Si fuesen jarrones Ming lo que vendieras, ya sería otra cosa, sobrino.

— ¿Tanto te obsesionan esas piezas? —señaló el jarrón azul.

—Me gusta el arte. Y me gustan los jarrones azules. ¡Lástima no tener dinero suficiente para recorrer- el mundo, adquiriendo los que queden todavía!

— ¿Crees que quedan muchos?

—No lo sé. Eran siete los originales. Hay copias buenas y malas, pero copias a fin de cuentas. Lo que yo quiero son los auténticos. Pero quizá hoy en día, reunirlos todos, significaría más de medio millón de libras...

El joven Archie emitió un silbido y se encogió de hombros, apartándose del estante que sostenía, perfectamente asegurado, el preciado jarrón azul.

—Prefiero mis nunchakus, makiwaras y demás —dijo, riendo—. Eso, sobrepasa el sueño más delirante, tío Horace. Y creo que tú también deberías olvidarlo. Es una fortuna. Una inmensa fortuna, al menos para mí. Y también para ti, ¿no es cierto?

—Desde luego. No poseo esa suma ni en sueños... —aceptó el militar—. Pero si logro uno solo más, la pareja de jarrones..., me daría por satisfecho.

— ¿A cambio de cien mil libras o cosa parecida?

—Tal vez sea más barato. Depende de la ocasión que encuentre ese rufián de Zadoyan, el armenio...

Y pasó su brazo sobre los hombros de su sobrino, con una amorosa mirada a su preciada obra de arte, alejándose luego camino de los frondosos jardines en el tibio y aromático anochecer de Nueva Delhi.

* * *

Rufus Zadoyan estudió más de cerca las miniaturas del jarrón. Maldijo entré dientes, apartándolo a un lado con disgusto, y dejando la lupa sobre su mesa de trabajo, bajo la fuerte luz de la lámpara.

— ¡Maldita sea...! —refunfuñó--. El viejo coronel tenía razón. Es una burda copia… No tiene ningún valor. Veamos la otra, la que he conservado por si era auténtica.

Una Segunda pieza apareció bajo la luz, cuidadosamente manejada por el marchante de arte de Nueva Delhi. La porcelana brilló como un metal precioso. Luminosos colores destacaron en las miniaturas encerradas en los dragones blancos y platinados, como escenas vividas de una sucesión de imágenes prodigiosas y diminutas, que la lupa reveló en toda su minuciosa belleza.

— ¡Diablo...! —farfulló, entre dientes—. Esto es obra de Shi-Lung... Sé que no puede ser auténtico. Pero1o parece. La copia del original es perfecta, casi imposible de distinguir y diferenciar...

Dejó a un lado la exquisita pieza de porcelana multicolor. De no conocer el origen del jarrón, hubiera podido jurar que era legítimo. Tal vez podría engañar a tres expertos, y presentarlo como auténtico al militar inglés retirado. Eso significaría un beneficio neto de casi veinte mil libras. Y H. R. Beswick creería haber hallado una ganga.

El ruido en su taller le hizo incorporarse, sobresaltado.

— ¿Eh? ¿Qué es esto? —demandó, perplejo, sabiendo que sólo él estaba allí, y ni un gato residía dentro de su lugar de trabajo, para impedir cualquier destrozo irremediable. Tampoco había ratas allí. Cuidaba mucho ese extremo el armenio Zadoyan.

No hubo respuesta. Tampoco más ruidos. Pero cuando el armenio marchante se disponía a sentarse, un nuevo ruido más sutil, como un roce sobre alguno de los mil objetos heterogéneos que guardaba en su almacén, le sobresaltó definitivamente.

—Vaya... —masculló entre dientes—. Tal vez algún granuja pensó en desplumar al bueno de Rufus Zadoyan. Pues va a llevarse una sorpresa poco agradable.

Y extrajo de su mesa un revólver que amartilló resueltamente, mientras ponía a cubierto el jarrón más perfecto de ambas copias.

Luego avanzó decidido hacia las sombras del almacén. $in dejar de andar, giró un interruptor, junto a un cortinaje. La sala se llenó de luz.

Dos hombres quedaron descubiertos por la repentina claridad. Ambos eran musculosos y altos, -con cráneos rapados. No pronunciaron palabra alguna. Llevaban kimonos negros y pantalones holgados de igual color. No llevaban armas en sus manos. Pero su actitud-era amenazadora. Se agazaparon al darles la luz, sin dejar de moverse hacia Zadoyan, sus músculos contraídos, al acecho.

El armenio no vaciló. Hizo un disparo de revólver que sonó estruendosamente en el recinto cerrado. Una figurilla de porcelana saltó en pedazos, detrozada por la bala, a menos de tres pulgadas del rostro de uno de los intrusos.

— ¡Quietos o tiraré a matar! —avisó .roncamente Zádoyan, amartillando de nuevo el revólver.

Los hombres de cráneo afeitado le miraron fría' mente. De súbito, uno de ellos describió un salto inaudito, totalmente increíble. Sorprendió por completo al armenio, confiado en la fuerza de su arma.

Sobrepasando muebles y objetos apilados, cayó sobré Zadoyan. Su pie martilleó seca y brutalmente a Zadoyan en pleno cráneo, en una patada frontal o Ap-Cha-Ki de Tae Kwon Do, pero simultaneando el golpe y la técnica con un giro brusco de la pierna, de modo que su rodilla, ásperamente, alcanzó la mano del armenio, desarmándole.

Este gritó roncamente, alarmado, cuando ya el segundo intruso se lanzaba sobre él y, con un Haito Uchi, o golpe de hacha con el filo de su mano, sobre el cuello del marchante, quebró la laringe de éste, matándolo en el acto.

Zadoyan cayó Sin exhalar un gemido, sus ojos en blanco. Los agresores se miraron con helada sonrisa, sin pronunciar jamás una palabra.

Luego, como de mutuo acuerdo, saltaron sobre su víctima los dos a la vez. Sus pies martillearon con precisión brutal toda la espalda y cuello del muerto. Al terminar, la figura de Zadoyan era una masa fofa, con el esqueleto triturado, astillado a golpes. La sangre fluía por sus oídos, boca y nariz.

Era como una firma de los asesinos. La terrorífica firma mortal del Triturador, y sus verdugos.

Luego, se encaminaron al jarrón azul, el de más perfecta apariencia. El otro lo miraron con desprecio, alzándolo al aire. Lo estrellaron en el suelo, haciéndolo trizas.

Fragmentos de una porcelana inferior, mal confeccionada y peor decorada, reposaron en tomo al cadáver demolido. Los asesinos, silenciosamente siempre, se llevaron el otro jarrón, la copia casi perfecta de Shi-Lung, el nuevo artífice chino.

Mientras tanto, en otro lugar de Nueva Delhi, el propio amo de los asesinos silenciosos y rapados, el Triturador en persona, cometía otro crimen horripilante, por su parte...

Esta vez, la víctima era el muy honorable H. R. Beswick...

Sus gritos fueron ahogados por secos golpes de karate en su garganta y bajo la nariz, en los puntos vitales llamados respectivamente Hichu o nuez de Adán, y Jimsu o base de la nariz sobre el labio superior. Ambos puntos, absolutamente mortíferos...

El gestó de asombro y de horror del viejo militar, en su postrera mirada a su asesino, quedó petrificado en su' rostro. Luego, una vez muerto, su matador saltó sobre él, machacándole los huesos con golpes científicos, feroces y despiadados, que trituraron su esqueleto.

Una vez más el Triturador usaba la técnica bestial que le diera triste nombre. Y luego desaparecía de su estante el azul jarrón de Ming que tanto amara H. R. Beswick.

Al amanecer, el joven Archie Beswick avisaba a la policía, informando de que él había hallado el cadáver de su tío, convertido en una bolsa de huesos machacados...

* * *

El doctor Silas Henderson, director del Museo de Arte Oriental de Manila, echó una ojeada en derredor.

Las antiguas estatuas y máscaras de viejos ritos filipinos, compartían allí sus lugares de honor junto a muestras de los musulmanes filipinos, abundantes éstos en ciertas regiones de las islas, aunque poco conocidos en el resto del mundo, y ejemplares de obras de arte de Oriente, próximas o remotas, pero igualmente situadas geográfica y espiritualmente en la inmensa Asia. Desde China a Japón, pasando por Malasia, Indonesia, la antigua Indochina, hoy Vietnam, y muchos otros lugares que fueron cuna de artes que dejaron huella en la historia de la Humanidad.

Las luces se habían apagado ya en el Museo, quedando solamente las que marcaban los puntos estratégicos de galerías y salas, dando una claridad fantasmal a ciertas formas, y haciendo juegos de luz y sombra qué a veces rozaban la pura fantasmagoría en las estanterías, panoplias y estatuas. Como si aquél fuese un mundo realmente insólito, donde el silencio sólo significara espera, y en cualquier momento pudiese convertirse en vida palpitante, más allá de este mundo y de su materia.

Pero el doctor Henderson sabía que eso era sólo simple imaginación, y las figuras agazapadas de los tagalos belicosos, eran sólo eso: simples modelados en cera de los auténticos guerreros de otros tiempos, en las junglas filipinas, contra españoles o japoneses.

Sin embargo, a espaldas suyas, algo cobró vida, de repente. Fue una sombra. Sólo eso: una sombra...

Pero inició una ráfaga de increíble violencia. Y de muerte.

La sombra brotó dé detrás de las figuras siempre inmóviles de antiguos guerreros tagalos y de viejas estatuas de luchadores asiáticos. Era algo más que una simple pieza de museo. Era una fuerza puesta en marcha para matar.

Se disponía a saltar elástica, sigilosamente sobre la figura del doctor Silas Henderson. Y en ese momento, ocurrió algo que alteró los planes del personaje oculto.

Este se encogió de nuevo, ocultándose en las sombras del museo, cuando una cortina se alzó y, a espaldas, del doctor Henderson, surgió alguien que, apoyando un arma en la espalda del filipino, le avisó:

—Quieto, profesor. No se mueva. Lamentaría hacerle daño. No es ése mi propósito, siempre que se comporte prudentemente.

El doctor Henderson se quedó quieto, rígido. Sin mirar atrás, notó el contacto de un arma de fuego contra su espalda. No podía saber que la pistola llevaba silenciador, pero eso le era igual. Lo cierto es que constituía Una seria amenaza contra su vida, y eso es lo que parecía importar, muy humanamente, al doctor Hender-son.

— ¿Qué pretende? —demandó el científico filipino—. ¿Qué busca aquí? No hay nada de Valor en este museo. :

No el valor que usted pueda buscar. Sólo el científico o él histórico. Y ése no tienta a los ladrones...

—No soy un ladrón —le replicó la voz, secamente—. Pero busco algo en este museo.

— ¿Qué es ello?

—Una pieza de arte. De gran valor. Tengo que llevármela. Si se resiste, le mataré.

— ¿Qué clase de pieza?

—Un jarrón azul. De la dinastía Ming. Está en una vitrina. Y usted tiene la llave. Y puede controlar el sistema de seguridad. Hágalo cuanto antes. Tengo poca paciencia.

— ¿El jarrón azul? Está loco... Ni siquiera estamos seguros de que sea auténtico. Hay copias casi perfectas en todo el mundo Un artífice fuera de la ley, un tal Shi-Lung, hizo reproducciones falsas casi por decenas. A veces es imposible distinguirlas...

—No me importa. Sea falsa o verdadera, deseo esa pieza. Y usted va a dármela. ¿O prefiere que su vida peligre?

— ¡No, está bien! —resopló el doctor Henderson, re-signadamente—. No hay nada en el mundo, ni aún la más bella pieza de arte, que valga una vida humana. Venga. Le daré lo que pide...

Echó a andar precediendo a su captor, siempre con el contactó de aquel cilindro metálico en su espalda. Cuando estuvo ante la vitrina que guardaba el esplendoroso jarrón azul del período Ming, se detuvo en seco. No miró atrás.

—Muy bien —dijo el hombre situado a su espalda—. Actúe de prisa. Abra la vitrina. Desconecte los sistemas de alarma. A la menor señal de alerta, haré fuego. Elija usted mismo...

Henderson tragó saliva. Era un enamorado de su profesión, de todo lo que

significaran obras de arte. Pero también era un enamorado de su propia vida. Esto último pesaba más.

— ¡Espere! —jadeó—. Tengo varias llaves. Debo elegir las dos. La que corta la alarma y la que abre la vitrina. Tenga calma, se lo ruego. No intentaré nada.

Buscó en un manojo que extrajo de su bolsillo. Procuró no equivocarse. La primera llave, al contactar un electrodo, anuló los circuitos de alarma del museo. La segunda, franqueó el paso al jarrón azul Ming. Una puerta de cristal a prueba de balas se abrió,

—Ya está —resopló—. ¿Qué más quiere?

—Nada. Que siga quieto —jadeó la voz—. Es todo.

Súbitamente, apenas los ojos del misterioso agresor se fijaron en la superficie impoluta, deslumbrante, del maravilloso artificio azul, orlado de dragones y miniaturas, el museo todo pareció animarse de sombras vivientes y amenazantes.

De cada rincón surgió una amenaza. Tres figuras ominosas emergieron, deslizándose de las sombras, hacia el doctor Henderson y su captor. Este giró la cabeza exhalando un gemido de sorpresa.

— ¡Oh, no...! —oyó Henderson una voz ronca, asustada y vacilante—, ¿Qué significa...?

Nadie respondió a sus palabras. Eran silenciosos los personajes que brotaron de la oscuridad, animando el museo filipino de sombras furtivas y malignas. Se agigantaban sobre los muros, al recibir la luz de ciertas lámparas dispersas por las salas.

Se precipitaron sobre él. Y sobre su propio enemigo, tan asustado, al parecer, como él mismo.

Eran hombres de cortos kimonos negros, de cráneos rapados, brillantes como bolas de billar, a la claridad de distantes lunas indirectas, que convertían el recinto en un juego de luz y sombra.

El agresor de Henderson hizo algo inesperado. Pese a ir armado, emitió un ronco grito de temor y se perdió entre las figuras inertes del museo.

Los tres hombres silenciosos, agazapados como extraños monstruos, rodearon al doctor Silas Henderson. Sus rostros revelaban decisión. Una decisión implacable, mortífera. Eran máscaras herméticas. Máscaras de muerte.

Henderson, vacilante, retrocedió. Balbuceó entre dientes una ronca queja. Miró con auténtico terror a aquellos seres inquietantes.

— ¡No, no...! —susurró—. ¿Qué... qué sois vosotros? ¿Quiénes sois? ¿Qué queréis?

Silencio. Absoluto y total silencio. Nadie respondía. Nadie hablaba. Pero era peor que si le amenazaran. Se preguntó dónde estaría su anterior adversario, el hombre que le amenazó. Era distinto. Aquello era algo vivo, tangible. Un ladrón, un merodeador, lo que fuese.

Esto... era diferente. Esto era la .Muerte. Estaba seguro de ello.

Una muerte inexorable. Algo que no se podía evitar. Y que parecía no tener sentido.

—Pero decidlo... ¡Decidme qué queréis! —gimió, adelantándose hacia ellos en un gesto de audacia infinita—. Decidlo... y os lo daré. Es lo más que puedo hacer, ¿entendéis? ¡Vamos, contestad! ¡Contestad de una vez, malditos...!

Y ellos no contestaban. No hablaban. Venían sobre él. Pero no despegaban los labios. No decían nada. Absolutamente nada. Sus manos, eran garfios en la sombra. Dispuestos a hacer presa en él. A aniquilarle. No sabía por qué. Pero sabía que iban a destruirle, a acabar con él.

A sus espaldas, un destello de luz, era como un astro azul, al reflejarse en la superficie cóncava del hermosísimo jarrón azul de la dinastía Ming...

Capítulo VI
EL PEOR ENEMIGO

Luego, súbitamente..., todo cambió. Al menos, para; el aterrorizado doctor, Henderson, del Museo de Arte1 Orientar de Manila.

Fue como un milagro para el hombre que se sabía condenado a muerte. Porque había leído la muerte en' aquellos ojos, y sabía que nada ni nadie le impediría ser masacrado por los misteriosos personajes de boca silenciosa y cráneo afeitado.

Y todo eso lo impidió la sola aparición de un hombre. De Un personaje que, como un huracán devastador, cayó sobre los misteriosos asaltantes nocturnos.

Fue una sombra vertiginosa, como materializada súbitamente entre los fantásticos y truculentos guerreros tagalos de cera, vestidos con las indumentarias típicas, de su región.

Pero aquélla no era una figura de cera, ni mucho menos. Era un titán, una especie de coloso encarándose, con sus solos brazos, a aquellos tres herméticos individuos de rostro inmutable.

Brazos y piernas se dispararon, cuando ya los contrarios procedían a obrar del mismo modo, revelando con sus actitudes y elasticidad unos conocimientos de la lucha oriental realmente temibles.

El doctor Silas Henderson temió un momento su providencial salvador cuando descubrió que éste se hallaba solo, y era cercado materialmente por los tres merodeadores nocturnos.

Luego, comprobó, no exento de asombro, que no tenía nada que temer. Aquel hombre era una especie de torbellino, deshaciéndose de sus temibles adversarios.

Primero fue un formidable Ushiro-Geri, dado de lado con el talón, a su más próximo enemigo. Lo dirigió contra la tibia, en su cara exterior. Chascó el hueso, quebrándose. El contrario perdió el equilibrio, cayendo a tierra pero sin chillar de dolor, como era lógico que sucediese. Se limitó a dar volteretas, con una especie de gorgoteo que revelaba lo doloroso del impacto.

Casi simultáneamente, el solitario luchador se revolvió contra su adversario que le atacaba con un devastador golpe de shuto, a mano plana, rígida, utilizada como sable.

El así golpeado, si era alcanzado en un punto vital, como el cho-to o

entrecejo, las Kasumi o sienes, o el hinchu (nuez de Adán), podía darse por muerto en el acto. Pero el luchador no se dejó alcanzar por el terrible impacto.

Y en vez de ello, paró el ataque con un Age-Uke de su brazo derecho, que estrelló la mano enemiga en el antebrazo con sordo choque. Inmediatamente, pasó al ataque el acosado.

Y lo hizo con un Yoko-Furi-Até, golpe de codo de costado, con una simple flexión de las piernas firmes, sobre el lado atacado.

Cayó el adversario, perdido el equilibrio, y el solitario luchador brincó sobre él ahora, antes de que pudiera recuperarse, impulsando los dos pies contra el pecho del caído, en salto hacia adelante con proyección de ambas extremidades. Era un doble impacto de gran poder, que se estrelló en el torso del caído, haciendo crujir todas sus costillas. Una especie de ronco aullido apagado, escapó dificultosamente de la contraída boca del vencido, antes de desvanecerse de resultas del demoledor golpe de Tobi-Keri ejecutado por el formidable budoka.

Ya sólo quedaba un rival, pretendiendo escapar al vencedor de la desigual lucha, pero el budoka solitario no se lo permitió, demostrando su capacidad de lucha. Saltó sobre el que se evadía, y le hizo volverse, aterrándole de un brazo con mano de hierro. El otro lanzó un golpe con su puño en Tsutchi-Ken, o forma de martillo. Utilizó el borde libre del metacarpo del meñique, y de alcanzar de lleno al karateka, le hubiese abatido, posiblemente.

Una vez más, en hábil finta evitó el impacto, y a su vez, el luchador frenó un segundo golpe, esta vez de la zurda, en Soto-Uke, alzando SU antebrazo derecho, para, a su vez atacar en Utchi-Uke, alcanzando el mentón del enemigo. Tambaleóse éste, soportándolo, sin embargo, en pie. Su atacante remachó la tarea con un demoledor Soto-Harai, en impacto de su talón a las ingles del golpeado. Este se dobló, cayendo de rodillas, vencido por un irresistible dolor.

Finalmente, un Mae-Gtri con el pie derecho, martilleando en seco la sien del caído, lanzó a éste atrás, dando una voltereta, para quedar inmóvil, junto a una gran vitrina del museo.

La lucha había terminado.

El karateka vencedor respiró hondo volviéndose hacia el doctor Henderson.

—Parece que llegué a tiempo, ¿verdad, doctor? —fueron sus palabras.

— ¡Cielos, y tan a tiempo! —resopló el director del Museo de Arte Oriental de la capital filipina—. ¿Cómo pudo entrar aquí?

—Igual que entraron ellos —rio suavemente su salvador—. Y no sólo ellos y yo... sino un individuo más el que antes le amedrantó a usted..., pero que no era capaz por sí solo de hacer frente a semejantes luchadores... Vamos, ¿a qué espera usted para salir de su! escondrijo y confesar que ha sido un rotundo fracaso su intento de robar el jarrón azul de la dinastía Ming..., mi querido Younger?

Mike Younger en persona apareció tras las figuras del museo, con aire abatido y avergonzado. Llevaba sus brazos en alto, como un hombre amenazado por un arma de fuego.

—No haga nada, Frank —gimió—. Ni usted, doctor Henderson. Lo... lo siento. Nunca serví para estas cosas, pero creí que podría ganarle por la mano, Cole...

—Estuvo a punto de lograrlo —rio Cole de buena gana—. Pero, como usted dice, no tiene talla de ladrón. Lo contrario de esos angelitos que atacaron al doctor. Son tres budokas muy respetables.

—Pues usted... es un coloso—ponderó Henderson—. ¿Quién es, exactamente?

—Mi nombre es Frank Cole. Estuve aquí esperando que sucediera algo así, doctor. Mi misión es impedir que ciertas personas se apoderen de los jarrones Ming. Lo que me pregunto es quién pudo enviar aquí a esos luchadores mortíferos... Intentaremos averiguarlo.

Se inclinó, aferrando a uno de los vencidos. Le agitó, logrando hacerle reaccionar. Le interrogó, rápidamente, en lengua oriental. El luchador rapado le miró inexpresivamente, sin revelar emoción alguna. No habló. No replicó. Cole insistió. Ante su mutismo, hizo presión dolorosa en determinados centros nerviosos que, como budoka, conocía perfectamente. El dolor no sería muy intenso, pero sí súbito, y le obligaría a gritar.

El luchador se limitó a emitir un ronco jadeo inarticulado. En modo alguno la voz de un ser humano, sino más bien el gruñido de un animal.

—Mientras luchábamos, ninguno de ellos gritó —dijo gravemente Cole—, Ni siquiera ése que tiene rota la tibia... Es raro... Veamos eso.

Le pulsó otro centro nervioso. Se agitó el hombre, abriendo su boca y emitiendo un sonido gutural. Rápidos, los dedos de Cole sujetaron sus labios y dientes. Miró el interior de la cavidad bucal. Exhaló un gemido, incorporándose. Dejó caer al vencido.

—Lo que me temía. —dijo—. Mutilados. No tienen lengua.

— ¿Qué? —se horrorizó el doctor Henderson.

—Alguien se la cortó, dejándoles mudos por completo. Una mutilación brutal y horrible. Pero muy práctica. No pueden hablar. No dirán nada sobre la persona que les envía.

—Es raro —comentó Younger, asustado—. No sabía que esa contrabandista mutilara a sus sicarios de un modo tan feroz...

— ¿Draga? —Cole sacudió la cabeza, pensativo. Una honda arruga hundía su ceño ahora—. No, Younger. No es cosa de Draga esta vez. Hay alguien más metido en medio de todo esto. Alguien con el que no contaba.

— ¿Quiere decir que... que otro está interesado en esos jarrones? —se estremeció Mike Younger, alarmado.

—Sí, exactamente.

—Pero... ¿quién?

—El peor enemigo que podíamos tener en contra.: Un monstruo del Mal. Un ser temido en los bajos fondos de San Francisco... El Triturador.

— ¡El Triturador...! —repitió Mike Younger, atónito su gesto—. Pero... ¿existe ese individuo realmente?

—Claro que existe —suspiró Frank Cole—. Sus sicarios acostumbran a ser hombres así: mutilados o embrutecidos con drogas, para que nunca hablen. Obedecen ciegamente a su amo.

—Pero ¿qué clase de hombre es, realmente, ese Triturador? —se interesó el doctor Henderson, con tono procupado.

—Nadie lo sabe. Nadie ha visto su rostro. Sus hombres son máquinas destructoras. Y acostumbran a triturar el esqueleto de sus enemigos» una vez malheridos o muertos. El mismo, su misterioso jefe, hace otro' tanto. Es un temible budoka, implacable con los vencidos.

—Pero... ¿qué objetivos busca con todo eso?

—Lucro, doctor. Siempre lucro: dinero fácil. Sea como sea: robando, matando, traficando en drogas, manteniendo fumaderos de opio, dirigiendo prostitutas a las que amedranta con amenazas para cobrarles unos impuestos que él mismo fija. Si alguna se rebela, no tarda en aparecer su cadáver... con todos los huesos triturados. ¿Entiende ahora por qué le llaman el Triturador y por qué le tienen tanto miedo, doctor?

—Sí, entiendo... —suspiró el director del museo, impresionado—, Y

ahora... busca esos jarrones Ming, Pero ¿por qué? Ni siquiera hay seguridad de que sean auténticos 0 no. Existen copias perfectas, hechas por...

—Sí, lo sé. Por un tal Shi-Lung, delincuente y artista a la vez —asintió Cole—. En Manila me he enterado de que Shi-Lung desapareció a raíz del robo de una fortuna en perlas negras y diamantes, cometido en Ceylán hace Unos años. Pero sus obras de arte andan por ahí, volviendo locos a los expertos por' su perfección minuciosa.

—Y ahora, ¿qué piensa hacer usted, señor Cole?

—Ante todo, hablar con la policía filipina sobre los sucesos de esta noche aquí, y entregarles a esos tres rufianes deslenguados. Luego, pedirle un gran favor, doctor Henderson.

— ¿A mí? ¿Qué clase de favor?

—Que me entregue ese jarrón, al precio que sea. Hay un lugar en el mundo donde hará más falta que aquí, esté seguro.

—No puedo hacerlo, compréndalo —protestó vivamente el doctor—. Es patrimonio nacional, propiedad de ese museo, del Gobierno filipino...

—Tengo obras de arte que donaré al museo, mucho más valiosas, económica y artísticamente, que ese jarrón. Pero comprendo su punto de vista doctor Henderson, Hablaré de ello con el propio Gobierno filipino. Creo que entenderán mi punto de vista.

—Pero ¿por qué ese interés de tantas personas por este jarrón? —se extrañó Henderson—. Ese caballero, Younger; usted, el Triturador...

—Todos buscamos algo, evidentemente. Lo que me sorprende es que ese siniestro personaje del hampa de San Francisco, se interese ahora por el arte. Veo algo raro en ello. Hay algo en esos jarrones Ming que no encaja del todo en mi teoría... Algo que se me escapa... y no sé qué es.

* * *

El capitán Maldonado, de la policía filipina, era un, funcionario honesto e inteligente, de facciones típicamente tagalas y apellido español, como tantos otros en las Filipinas, que no había podido borrar aún la influencia norteamericana, de las últimas décadas, en las que fueron posesiones hispanas.

—Los prisioneros, por muy budokas que sean, no escaparán de sus celdas —aseguró, sonriendo—. Son sólidas a toda prueba, señor Cole.

—Me alegro —Frank extrajo un documento de su bolsillo—. Sólo queda esto por hacer, capitán. El Gobierno me ha entregado la autorización para que usted se haga cargo del asunto.

—Sí, perfecto —asintió Maldonado, leyendo el documento—. Ya me telefoneó el ministro de Cultura, hablándome del asunto. Es usted depositario legal del jarrón Ming, que figura en el Museo de Arte Oriental. Solamente si es depositado en la pagoda de origen, quedará usted liberado de esa tutela de la obra de arte. A cambio de ello, usted se compromete a entregar en nuestro consulado en San Francisco de California, tres piezas de arte, dos del Japón samurai y una de la China imperial, para su exhibición en el Museo. Todo de acuerdo, señor Cole...

—Le felicito, señor Cole —dijo el doctor Henderson allí presente—. Debe usted tener grandes influencias en Filipinas, para que el Gobierno acuerde con usted algo semejante...

—Digamos que acostumbro a tener buenas relaciones con muchos gobiernos —sonrió Cole—. Donativos, obras benéficas, contactos culturales y todo eso. Mi grupo, doctor, necesita amigos en todas partes, cuando tiene que actuar. Porque nuestra labor es siempre en bien de los demás, sin beneficio alguno para nosotros...

—Los Dragones de Oro... —asintió Henderson—. Sí, ya me han hablado de ustedes. ¿Cómo es posible algo así? ¿Puro altruismo, luchar y arriesgar, por amor a los demás?

—Una idea hermosa, a veces irrealizable por falta de medios materiales —afirmó Cole—. Por fortuna, a nosotros nos concedió eso una especie de pequeño milagro. Y pudimos dedicar nuestras vidas a los demás. Es algo hermoso, créame.

—Le creo. Y le admiro —aseguró el doctor Silas Henderson, estrechando su mano—. Venga al museo. Gustosamente le haré entrega de ese jarrón.

—Sí, vamos allá —dijo el capitán Maldonado—. Tengo ya a mis hombres dispuestos para escoltarles hasta fuera de Filipinas. Luego… será su propia responsabilidad, señor Cole.

—Descuiden —sonrió Frank Cole—. Tengo dos buenos amigos esperándome en Hong Kong. Con ellos y conmigo, esté jarrón no corre el menor peligro, se lo garantizo.

Y la voz de Cole, al mencionar a Lena Tiger y Kwan Shang, no podía revelar más confianza y fe de la que ya expresaba. Unidos, Los Tres Dragones de Oro resultaban prácticamente invencibles. El jarrón azul de la dinastía

Ming estaba bien seguro en sus manos, evidentemente.

Fue ya en el aeropuerto de Manila donde un radiograma, urgente, de Hong Kong, le fue entregado a Cole personalmente, dirigido a su nombre.

Lo abrió, leyendo el breve y expresivo texto:

«En Nueva Delhi asesinado marchante Zadoyan y robada copia jarrón Shi-Lung. También asesinado coronel H- R. Beswick y robado jarrón original igual clase. Ambos imputables al Triturador.

»Kwan Shang.»

— ¿Es usted quien ha vivido esta terrible experiencia?

—Sí, señor Cole —asintió amargamente el joven Archie Beswick— Vi muerto a mi tío, de una forma realmente horrible. Los médicos hindúes dijeron que no tenía un solo hueso intacto en el cuerpo. Es como si le hubiera triturado una apisonadora. La policía me notificó que del mismo modo había muerto el marchante de arte, Rufus Zadoyan.

— ¿Tenían relación su tío y ese marchante?

—Sí, la tenían. Sobre todo, en relación con esos jarrones Ming... ¡Dios mío, no logro entender lo sucedido! —se lamentó el joven sobrino del militar asesinado en la India—. ¿Por qué sucede todo esto?

—Porque hay gentes interesadas en obtener la totalidad de los jarrones existentes en el mundo, actualmente —dijo serenamente Cole, mirando al joven con aire pensativo, grave su expresión—. Y con ello, la muerte se ha desatado sobre sus poseedores accidentales, amigo mío.

Archie Beswick contempló al budoka con expresión sombría. Parecía como si de sus jóvenes ojos no se hubiera borrado aún la expresión de infinito horror que en ellos dejó impresa el hallazgo del cadáver triturado de su tío, allí en Nueva Delhi.

Ahora, en el departamento de policía de Hong Kong donde Frank Cole era muy conocido y apreciado, desde los tiempos ya lejanos en que intervino por vez primera en un enigma dramático, cuando se inició la creación del grupo llamado de los Dragones de Oro, en lucha contra una fanática organización esotérica, y contra unos traficantes de drogas, Archie estaba reviviendo los sucesos de la India, refiriéndoselos a1 rubio norteamericano y a sus inseparables camaradas, el chino Kwan Shang y la bella mulata, Lena Tiger.

También otra persona estaba presente allí, aparte déla propio jefe de policía de Hong Kong: un Mike Younger, profundamente alterado, muy

diferente al agresivo joven de San Francisco. Con aspecto más enfermizo y débil que nunca, el joven millonario escuchaba con expresión de creciente horror la trágica historia de los Beswick.

—Pero, evidentemente, mi tío estaba ya muerto cuando... cuando alguien hizo lo que hizo con su cuerpo, masacrándolo sin piedad —apuntó el joven Beswick amargamente.

—Sí, es posible que fuese así. También en el caso de ese vendedor de obras de arte, el armenio Zadoyan; Pero así, su asesino dejó su huella, su firma inconfundible en el escenario de ambos crímenes.

— ¿Su... firma? —repitió Archie, con perplejidad.

—Sí. Es su costumbre. El Triturador es un ser que alardea de su propia condición de temible criminal. Le gusta dejar impresa esa huella donde él actúa, para que no haya dudas sobre su identidad. Eso le hace más respetado, más temido. Y él se siente más fuerte.

—Es un loco, en tal caso. Un loco asesino —gimió Archie, con ira.

—Tal vez. Desde luego, tiene un concepto demoníaco de la muerte. Y, evidentemente, es un temible budoka, aunque no haya asimilado jamás los principios de lealtad nobleza y rectitud de los auténticos budokas. Pero sí domina la lucha oriental, las Artes Marciales, aunque recurra a hacer de ellas su arma mortífera, con lo que se convierte en un temible enemigo, carente por completo de todos los valores espirituales y morales de un budoka. Para él, esas técnicas se dedican al Mal. Son su medio de hacerse temer y odiar. Esa clase de individuos tenemos enfrente en estos momentos. El Triturador es un asesino, sí. Pero también un luchador que podría enfrentarse victoriosamente a media docena de adversarios normales, derrotándolos a todos.

— ¿No podría tratarse de una misma persona? —aventuró Younger—. ¿No podría ser Daga, el Triturador?

—No, no lo creo. No es que niegue que pueda ser una mujer. De el Triturador lo único que se ha podido saber, a través de algún confidente de los bajos fondos que sobrevivió muy poco tiempo a su confidencia, el que actúa siempre encapuchado, ante sus sicarios, y nadie le ha visto jamás el rostro. Su voz es impersonal, creo, y podría corresponder, lo mismo que rostro y figura, a una mujer o a un hombre indistintamente Pero Draga no ha sido nunca una luchadora hábil. El caso de que no finja y sea, en realidad, una formidable budoka. En ese caso, confesaría mi sorpresa si ella resultase ser ese cruel enemigo anónimo.

—Dejemos las divagaciones, entonces, señor Cole —habló Archie

Beswick con tono tajante—. Lo importante es adelantarse al Triturador. Y ganar esta batalla, apoderarse de los jarrones. Lo ideal sería vencer y desenmascarar, de una vez por todas, a ese Triturador, pero… por lo que usted dice, no parece tarea fácil.

—No lo es —admitió Cole gravemente—. Sabemos tan poco de él... ¿Usted no le oyó nombrar jamás, siendo procedente como es de San Francisco, señor Beswick?

—No, nunca —confesó el joven—. Mi trabajo de relación con las Artes Marciales, se reduce a la venta de material para dojos, tatamis o instalaciones privadas de lucha oriental. No practico gran cosa la lucha en sí, no conozco su mundo.

—Entiendo, Y tampoco conoce los bajos fondos de la ciudad. Eso es el ambiente del Triturador, no los dojos. En fin, señor Beswick, desgraciadamente, nada podemos hacer ya por su tío. Por usted, en todo caso tratar de recuperar ese jarrón legítimo que su tío poseía.

—Sería lo mejor que podrían hacer por su memoria —asintió Archie—. Aunque la verdad es que yo sólo sé que aquel jarrón era auténtico, porque él lo decía y entendía bastante de arte, pero creo que hay copias casi perfectas...

—Sí, las de Shi-Lung, el artista ladrón —asintió Cole—. Ese joven chino, además de crear falsificaciones impecables, cometió un importante robo de perlas ne gras de Ceylán y una partida de brillantes de gran pureza, desapareciendo con su tesoro, sin dejar rastro alguno.

—Shi-Lung vivía en San Francisco, Frank —dijo, bruscamente, Kwan Shang—. ¿No sería posible que él fuese el Triturador y, por alguna razón que no entiendo, estuviera, ahora, interesado en recuperar sus propias falsificaciones junto con los jarrones auténticos?

—Todo es posible en este caso —se encogió de hombros Cole, poniéndose en pie con un leve suspiro—. Pero no llegaremos a ninguna parte en concreto, si seguimos aquí encerrados, discutiendo el asunto fin uno u otro sentido. Siempre nos halláremos en un callejón sin salida: la identidad desconocida de nuestro temible adversario... y sus métodos brutales e inhumanos. Tenemos que ir más de prisa que él y sus sicarios de lengua mutilada, o perderemos la batalla definitivamente.

—Ahora posee usted ya tres jarrones, Cole —señaló, pensativamente, Mike Younger—. Con el mío de San Francisco son cuatro. Sólo quedan tres. Uno era el del coronel Beswick, el tío de este joven. ¿Dónde pueden estar los otros dos que faltan para completar los siete?

En ese punto, Kwan Shang habló con tono enigmático:

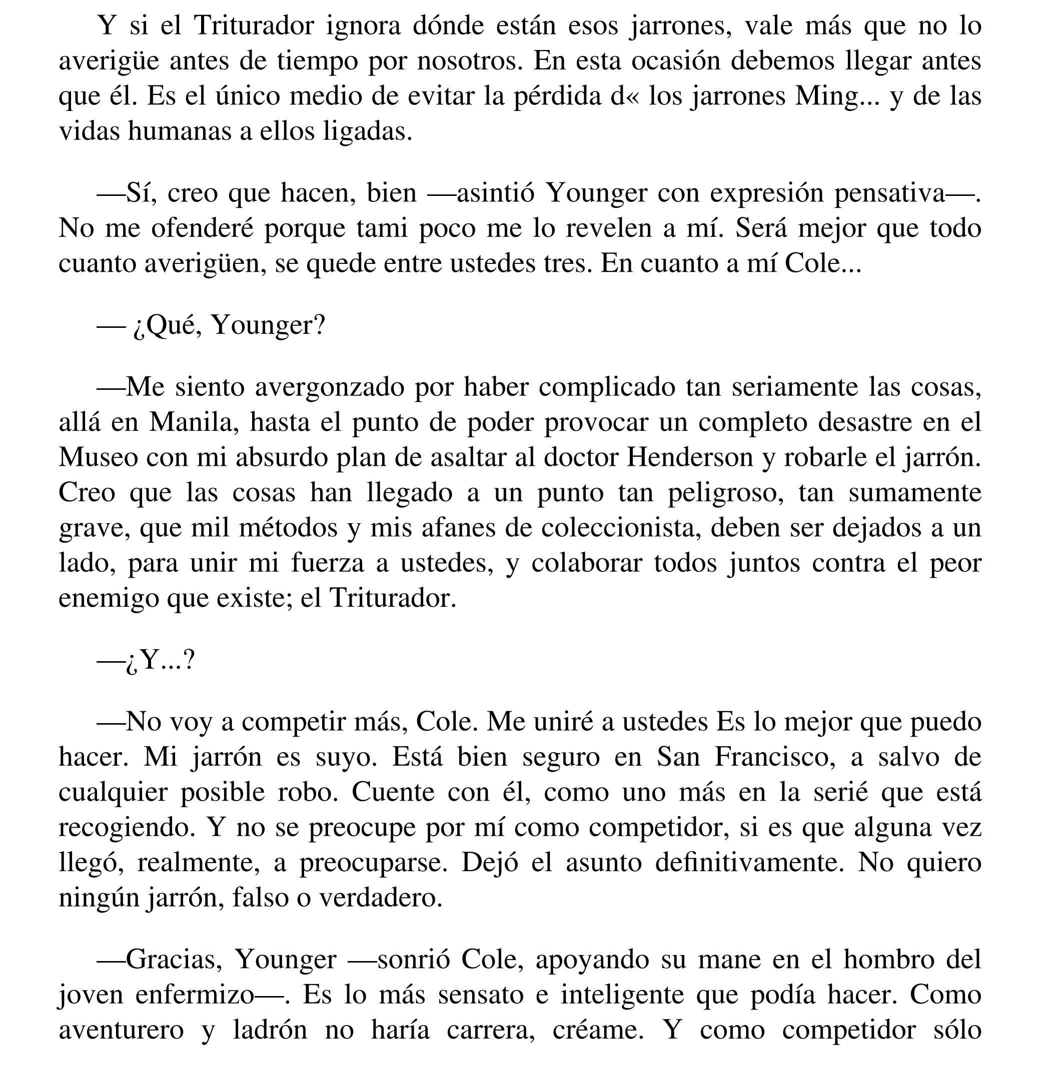
—Yo lo sé.

— ¿Usted? —se sorprendió el joven Beswick, mirando con interés muy vivo al oriental—. ¿Dónde está?

—Permítame que conserve oculto ese dato —habló gravemente el joven chino—. Solamente tres debemos saberlo.

— ¿No se fían de mí? —pareció molesto el sobrino del militar asesinado en la India.

—No es eso —sonrió Kwan afablemente—. Es que no podemos fiarnos de nada. Las paredes tienen oídos.



Y si el Triturador ignora dónde están esos jarrones, vale más que no lo averigüe antes de tiempo por nosotros. En esta ocasión debemos llegar antes que él. Es el único medio de evitar la pérdida d« los jarrones Ming... y de las vidas humanas a ellos ligadas.

—Sí, creo que hacen, bien —asintió Younger con expresión pensativa—. No me ofenderé porque tami poco me lo revelen a mí. Será mejor que todo cuanto averigüen, se quede entre ustedes tres. En cuanto a mí Cole...

— ¿Qué, Younger?

—Me siento avergonzado por haber complicado tan seriamente las cosas, allá en Manila, hasta el punto de poder provocar un completo desastre en el Museo con mi absurdo plan de asaltar al doctor Henderson y robarle el jarrón. Creo que las cosas han llegado a un punto tan peligroso, tan sumamente grave, que mil métodos y mis afanes de coleccionista, deben ser dejados a un lado, para unir mi fuerza a ustedes, y colaborar todos juntos contra el peor enemigo que existe; el Triturador.

—¿Y...?

—No voy a competir más, Cole. Me uniré a ustedes Es lo mejor que puedo hacer. Mi jarrón es suyo. Está bien seguro en San Francisco, a salvo de cualquier posible robo. Cuente con él, como uno más en la serié que está recogiendo. Y no se preocupe por mí como competidor, si es que alguna vez llegó, realmente, a preocuparse. Dejó el asunto definitivamente. No quiero ningún jarrón, falso o verdadero.

—Gracias, Younger —sonrió Cole, apoyando su mane en el hombro del joven enfermizo—. Es lo más sensato e inteligente que podía hacer. Como aventurero y ladrón no haría carrera, créame. Y como competidor sólo

conseguiría estorbar nuestra acción. Su detalle de donarme ese jarrón, le honra. Gracias una vez más amigo mío.

Luego, volviéndose a Kwan, le dijo:

—Vamos a donde podamos hablar a solas, sin posibles escuchas. Necesito saber el nombre y el paradero del dueño del sexto jarrón. Ahora, ya tenemos cuatro.

El joven oriental y él se ausentaron, quedándose sola Lena Tiger con los dos jóvenes en amistosa charla. Era evidente que a ambos les era grata su compañía.

Una vez a solas, la conversación de ambos budokas fue breve, tras comprobar que nadie les escuchaba ni había micrófonos ocultos, ni posibles vigías que leyeran en sus labios.

—Posiblemente todas estas medidas sean inútiles, porque el Triturador me temo que conoce, cuando menos, el nombre de ese propietario —habló Cole, pensativo—. Veamos, Kwan, ¿dónde ha sido localizado ese jarrón?

—En Londres.

— ¿Dueño?

—Sir William Price. Posee una finca en las proximidades de Regent's Park. Es un rico aristócrata coleccionista de obras de arte...

—Muy bien. Escucha, Kwan. Yo voy a salir ahora mismo para Londres. Vosotros os quedaréis en Hong Kong y...

Capítulo VII
DOBLE JUEGO

La residencia de sir William Price, en Saint John`s Wood, a espaldas de los terrenos de cricket, y frente, al verdor frondoso de Regent's Park, era una típica casi victoriana, rodeada de jardines y altas verjas de hierro.

Cuando oscurecía, en los alrededores del edificio no había gran circulación ni se veían, apenas, peatones. Era una zona destinada a residencias lujosas y a campo de deportes aristocráticos, que durante la noche no tenía razones para ser visitada por nadie.

Las luces de los salones de la suntuosa residencia eran rectángulos de suave tono anaranjado, que paulatinamente, a medida que pasaba la noche, se iba extinguiendo, hasta quedar uno solo, el del salón-museo del rico coleccionista que era sir William. Esa luz permanecía encendida toda la noche. No era muy in tensa, pero, sin duda, estaba destinada a servir de garantía para que nadie se aproximara a la casa aprovechándose de la oscuridad. Las ventanas de la planta baja, ofrecían todas una sólida reja que hubiera resultado infranqueable para vulgares delincuentes.

Pero el Triturador no era un delincuente vulgar, mucho menos.

Por eso, aquella, noche, tras irse apagando todas las luces de la casa, a medida que la hora Se hacía más avanzada, una sombra furtiva brotó de la arboleda de Regent's Park. Le siguieron otras sombras silenciosas, de rapados cráneos y oscuras ropas holgadas. El cabecilla del grupo era un siniestro personaje, vestido totalmente de negro, encapuchado con una prenda elástica de igual color. Los ojos, única parte visible de su cuerpo, brillaban malignos tras las rendijas de su caperuza.

Hizo unos gestos rápidos y expresivos a sus hombres. Estos asintieron silenciosamente, aproximándose a las altas verjas de la aristocrática mansión de Saint John's Wood.

Escalaron como felinos aquellos hierros, salvando sus agudas puntas de la altura, y saltaron luego al jardín frondoso y oscuro. Un perro ladró en alguna parte. Él encapuchado extrajo algo, un bote de spray, que pulverizó el aire repetidas veces. El frío aire de la noche propagó ese gas por todo el jardín. Era un olor apenas perceptible para el hombre, pero sumamente sensible para el olfato de un perro. Saturaba la atmósfera de un olor intenso, capaz de anular por completo la sensibilidad del hocico de un animal.

El perro no volvió a ladrar. Para él, ahora, el aire tenía un olor que le impedía olfatear la presencia humana. Y, sin embargo, ningún ser humano

hubiera notado nada, salvo un mayor aroma de la hierba y enredaderas del jardín. Sólo eso.

El silencioso grupo se movió en las sombras, alcanzando los rojos muros de la casa. Se pegaron a ésta, como si formasen parte de sus propias sombras, confundiéndose con las zonas de oscuridad.

En la fachada del edificio, persistía únicamente una luz anaranjada, suave, mortecina casi. Se percibieron leves pasos en el interior, y un carraspeo brusco; Los ojos del Triturador brillaron en la noche.

—Un guardián... —dijo sordamente—. Sir William Price deja un guardián nocturno en el museo...

No pareció sobresaltarse por ello no se mostró contrariado en absoluto. Era obvio que contaba con esa posibilidad, y había tomado previas medidas para contrarrestarla adecuadamente. Tras aquella negra máscara, funcionaba un cerebro que no dejaba demasiadas cosas al azar.

—Preparados —silabeó a sus silenciosos servidores con frialdad—. Actuad conforme al plan número do

Hubo asentimiento de cabeza por parte de sus cuatro hombres de cráneo afeitado y rostro oriental, de expresión sombría e invariable. Se dispersaron por alrededor de la casa, con movimientos lentos pero sigilosos.

Por, su parte, el Triturador se dispuso a actuar.

Apenas unos momentos más tarde, un automóvil penetró con rápida marcha por Saint John's Wood. Se detuvo-frente a la residencia de sir William. De él saltó a tierra un hombre alto, ágil, elástico, de rubio cabelló rebelde y grises y duros ojos.

Frank Cole había llegado a su destino.

Pero un poco tarde. Alguien se le había anticipado ya…

Ignorante de ello, Frank avanzó hacia la puerta del edificio. Se detuvo y pulsó el llamador. Dentro de la casa, tintineó un timbre.

Se encendieron nuevas luces en la planta alta. Momentos más tarde, un sirviente llegaba a la puerta de la verja y escudriñaba al hombre que había pulsado el llamador.

—Soy Frank Cole —dijo—, Sir William ha recibido una llamada mía hoy mismo. Me espera, según me dijo.

—Sí, señor Cole —asintió el criado. Y antes de abrir, preguntó—: ¿Puede

identificarse? Es una medida de seguridad, señor...

—Me parece perfecta —sonrió Cole, exhibiendo un documento, que el criado iluminó con una linterna potente—. Aquí tiene.

—Muy bien. Entre, por favor. Sir William le esperaba ya. Pero al hacerse tan tarde, se retiró a sus habitaciones, por si no se presentaba usted.

—El avión llegó tarde, eso fue todo —dijo Cole—. Había problemas con la niebla, en Heathrow.

Entró en los jardines, siendo conducido rápidamente a la casa. La puerta se cerró tras ellos. Cole fue conducido por una amplia escalinata, a la planta alta del edificio. En una biblioteca, vestido con un batín Sobre su pijama, un hombre alto, arrogante, de cabellos, blancos y cuidados, de patillas largas y rostro bien rasurado le tendió su mano, con una cordial sonrisa en los delgados labios.

—Encantado de conocerle, señor Cole —manifestó—. Un amigo mío de Scotland Yard me ha hablado de usted, después de recibir su llamada desde Tel Aviv, en la escala de su vuelo desde Hong Kong. Me habló muy bien, por cierto. Me explicó su... su dedicación a ayudar a los demás. Parece que los Dragones de Oro son conocidos, incluso, en las Islas...

—Me alegra que fuese así. Ello me evitará explicaciones, sir William. Es posible que no nos sobre el tiempo, y vale más aprovecharlo adecuadamente en otras cosas.

—Temo no entender el motivo de su urgente viaje a Londres, cruzando medio mundo por los aires, ni lo que trata usted de explicarme con tal premura, señor Cole —declaró él aristócrata, sin rodeos.

—Comprendo su perplejidad. Sin embargo, el motivo de mi viaje urgente y de todo cuanto le dije, así como de mi visita, es muy concreto. Y es algo que posee usted.

— ¿Yo? —parpadeó sir William, con creciente desorientación—. ¿A qué se refiere?

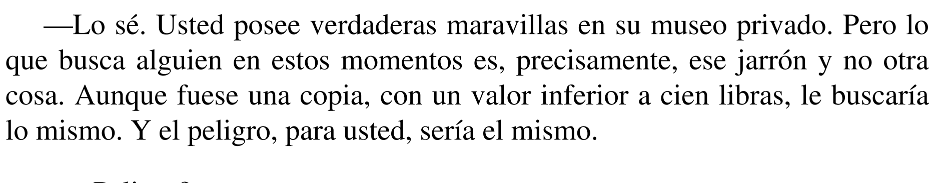
—Al jarrón Ming.

— ¿El... jarrón Ming?

—Eso es. El azul. Uno de los Siete Jarrones de la Fe y la Felicidad.

— ¡Oh, recuerdo...! Ese jarrón de dragones, sobre fondo azul... Es hermoso, sí. Pero no es una de las piezas de más valor de mi colección, señor

Cole.



—Lo sé. Usted posee verdaderas maravillas en su museo privado. Pero lo que busca alguien en estos momentos es, precisamente, ese jarrón y no otra cosa. Aunque fuese una copia, con un valor inferior a cien libras, le buscaría lo mismo. Y el peligro, para usted, sería el mismo.

— ¿Peligro?

—De muerte sir William.

—Muerte...—esta vez, la sorpresa y la alarma aso-, marón a su faz—. ¿Pero de qué me está hablando, por el amor de Dios? Todo esto es fantástico, parece ridículo...

—Pero no lo es —rápido, en escasas palabras, le puso al corriente de lo sucedido hasta entonces, en torno a los jarrones de la dinastía Ming, y completó su relato con la explicación de quién era y qué pretendía alguien llamado el Triturador.

Al final de su relato, el aristócrata aparecía visiblemente preocupado, y su rostro mostraba una palidez más acentuada.

—Dios mío... —susurró—. ¡Es terrible! ¿Cree que ese monstruo ha localizado ya mi jarrón?

—Estoy casi seguro de ello. Nuestras fuentes de información distan mucho de resultar exclusivas. Cualquier persona que tenga contactos en el mundo de los; marchantes de arte y de los catálogos de antigüedades valiosas, puede irse enterando con relativa facilidad del nombre y paradero de los dueños de determinadas piezas.

—Entonces... eso significa que puedo estar en peligro —apuntó el inglés.

—Evidentemente. Usted... y el jarrón.

—Al diablo con eso. El jarrón no me preocupa ahora.

— ¡A mí, sí! No es su valor intrínseco el que me atrae. Trato de devolver las siete piezas a un templo remoto, en el interior de China. Toda una región será feliz el día que eso ocurra, y verá el futuro con más esperanzas. Vale la pena conseguir algo así.

—Usted sólo lucha por la felicidad y la esperanza ajena, señor Cole...

—Es el más hermoso de los motivos imaginables, créame —sonrió Cole.

—Está bien —suspiró el aristócrata británico—. Si usted defiende mi vida

de cualquier posible riesgo, señor Cole..., sólo puedo prometerle algo a cambio: el jarrón.

— ¿Habla en serio? ¿Me lo vendería?

—No. Se lo regalaría.Ya le dije que no es mi mejor pieza. Valdría la pena colaborar en algo tan bello y altruista. Sobre todo, si usted salva mi vida con su llegada. Ahora, venga conmigo. Le mostraré el museo. Y la pieza que tanto desea...

Cole se encaminó con su anfitrión a la planta baja. Sir William accionó Una serie de resortes ocultos, deteniendo el funcionamiento de ojos electrónicos y circuitos de seguridad ante una gran puerta metálica, de acero blindado, qué Se deslizó silenciosamente, dejándoles pasó a] museo tenuemente alumbrado por una serie de luces indirectas.

Sir William conectó otras luces más potentes. Las amplias salas destinadas a guardar las obras de arte Conservadas por el coleccionista, revelaron a la nueva luz los detalles prodigiosos de las piezas allí reunidas.

—Buenas noches, señor —saludó un hombre, apareciendo al fondo de la sala.

Era el guardián nocturno, con su uniforme gris, su pistola automática y su linterna potente, moviéndose por entre las vitrinas, soportes y urnas. Un hombre vulgar, de rostro igualmente vulgar e impersonal, a quien sir William saludó distraídamente.

— ¡Hola! —dijo el aristócrata—. El señor Cole es un invitado de honor. Quiere ver el jarrón azul de la dinastía Ming.

— ¡Oh, entiendo! Vengan por aquí, por favor —rogó el guardián, echando a andar hacia un extremó de la amplia Sala,

Le siguieron ambos hombres. Un momento más tarde estaban ante una vitrina tras cuyos vidrios se hallaba el espléndido, prodigioso jarrón azul de porcelana. No podía haber error. Los críticos ojos de Cole examinaron la pieza. Era auténtico.

— ¡Una maravilla! —suspiró el joven budoka americano—, Comprendo que muchas personas sueñen con poseer uno de ellos. Cada vez que los veo, más me gustan. Pero creo que su lugar está en ese templo de donde fueron robados hace tanto tiempo. Los siete huecos, estoy seguro. Y a los fieles que a ella vayan, en busca una vez cubiertos, darán otro esplendor a esa pagoda, de un poco de fe y de esperanza...

—Ya lo sabe, señor Cole —sonrió el aristócrata— Es suyo.

—Aún no he tenido que salvar su vida —observó Cole, volviéndose a él.

—No importa. Sé que lo hubiera hecho, en caso de peligro. Es más: quizá con su llegada, y llevándose ese jarrón, me libre usted de graves riesgos. No quisiera por nada del mundo verme ante ese Triturador y sus; esbirros...

En aquel preciso instante, cuando Frank se dirigía a la vitrina, ésta era accionada por el aristócrata y el budoka extendía Sus brazos nacía la pieza de arte. Algo a sus espaldas hizo que Frank Cole guara sobre sí mismo, con centelleante rapidez. De sus labios, partió un rápido aviso:

— ¡Cuidado, sir William! ¡Los hombres del Triturador! ¡Ya están aquí!

Perplejo, desorientado, el aristócrata se volvió también, exhalando un grito ronco de terror.

Cole tenía razón. Como si los recios muros, los sistemas de seguridad y codo cuanto servía de protección a la colección de obras de arte, no sirvieran absolutamente de nada, allí estaban, ante ellos, cuatro formidables, demoledores enemigos. Cuatro silenciosos individuos de potentes músculos rostros brutales y cráneos afeitados y relucientes a la claridad del museo.

Por sí ello fuera poco, el guardián del museo empuñó su pistola, apuntando a ambos hombres inesperadamente:

— ¡Quietos! —avisó—. Es un consejo del Triturador. Si se mueven, son hombres muertos.

Frank Cole supo que, por fin, se veía cara a cara con el propio Triturador, ocupando el puesto del vigilante nocturno.

La situación era más grave de lo que parecía. La trampa dispuesta por el terrible enemigo había funcionado a la perfección.

Los cuatro luchadores les rodeaban, disponiéndose a estrechar su cerco y saltar sobre ellos. El final era previsible. Muerte por trituración.

Por otro lado, moverse era morir a balazos. El Triturador no era un delincuente vulgar. Era un budoka temible, un asesino que dominaba las técnicas de las Artes Marciales. No se dejaría arrebatar el arma con un simple ataque de karate. Es más, lo estaba esperando, con perfecto dominio de sí mismo, tras los afeites que desfiguraban su rostro, dándole la apariencia del inofensivo guardián de noche.

—Parece que está vencido el Dragón de Oro... —rio huecamente la voz del siniestro asesino.

Y lo malo es que aparentaba tener toda la razón del mundo.

* * *

En ese preciso instante, Frank emitió un prolongado estridente silbido que pareció brotar de su estómago y no de su garganta.

Aquel sonido tuvo la virtud de cambiar radicalmente la decoración de tan peligrosa y extrema situación.

Súbitamente, a espaldas del falso guardián y de sus terroríficos budokas sin lengua, hubo como una explosión formidable, pero de sonido ahogado. No sólo las vidrieras del museo particular saltaron en pedazos, proyectadas al interior, sino que los pesados barrotes de hierro se desgajaron de su sitio con una facilidad pasmosa, dejando hueco para la entrada de dos personas que parecían dos huracanes humanos en acción.

Un joven oriental de elásticos movimientos y una mujer de piel oscura y pelo rizoso, que se movía como un felino agresivo. Kwan Shang y Lena Tiger, los otros dos Dragones de Oro.

El falso vigilante masculló una imprecación y se volvió, disponiéndose a hacer fuego sobre los jóvenes budokas que intervenían en la situación.

Cole saltó en esta ocasión, con una proyección que más parecía de Tae Kwon Do que de karate. Sus piernas, proyectadas, golpearon con formidable potencia, en un impacto de Tobi-Keri, pero dirigido no a un enemigo abatido sino al brazo armado del Triturador.

Este soltó el arma, que rodó por el suelo, pero se volvió vertiginosamente, replicando a Cole con un impresionante Kaho-Ate, o golpe de codo, aprovechando que, tras, su vigoroso impulso Cole estaba agachado ante él.

Por vez primera en mucho tiempo, un enemigo logró lanzar dando volteretas el cuerpo de Cale contra una vitrina, que desgajó, en medio del sonido de un sistema de alarma, cayendo de bruces al suelo, aturdido. Rápido fulgurante como un espíritu maligno el temible asesino disfrazado brincó sobre el cuerpo abatido, con la idea de aplicarle su feroz, demoledor Tobi-Keri, aplastándole las costillas con sus pies en proyección.

De haberlo alcanzado en la espalda, Frank Cole hubiera sido irremisiblemente derrotado y muerto.

Ni Kwan ni tena podían ayudarle, porque estaban ahora enfrentados a cuatro devastadores enemigos, los luchadores sin lengua del Triturador.

Kwan actuaba con su técnica de Kung-Fu, golpeando ferozmente con sus

manos en forma de Hu-Chao, o zarpa de tigre, engarfiados sus dedos, prestos sus pies a martillear en inverosímiles proyecciones, a sus adversarios implacables. Las Formas o movimientos técnicos del joven chino, mantenían a distancia los poderosos brazos y piernas de los luchadores. O derribaba a alguno de ellos, con eficacia demoledora.

Por su parte, Lena Tiger era la experta en Aikito de siempre. Uno de los feroces sicarios del Triturador lo supo a su costa, cuando creyó haber alcanzado con sus brazos musculosos a la escurridiza joven, disponiéndose a estrujar sus huesos en una pelea mortal.

Con increíble sencillez, ella se desasió, volteando al enemigo tras un Tebuki Osae, o inmovilización de la muñeca agresora para terminar con un Omote, aferrando esa muñeca y derribando por medio de un rápido movimiento circular, a su adversario.

Una vez lo tuvo de bruces en el suelo, lo acogotó con celeridad, dejándole exánime y se lanzó Lena a ayudar a Kwan, aunque su mirada angustiada, dé soslayo, captó los apuros de Frank, enfrentado a un luchador que no tenía apariencia de peligroso pero que era un verdadero instrumento de muerte, una máquina de matar, Y, sobre todo, un experto formidable en lucha oriental.

Cole salvó, ahora, un ataque demoledor, un terrorífico embate Yop Sha Ki técnica del Tae Kwon Do, o karate Volador, lanzándole su enemigo el talón a la base de su nariz, o punto vital Jinsu. De haberle tocado con aquel seco impacto, Cole hubiera caído sin vida.

Evitó el golpe, con una finta vertiginosa, y buscó con su propio pie, en un esfuerzo poderoso alcanzar los órganos genitales o kinteki, para desvanecer al asesino. No lo logró, aunque si el simultáneo golpe de su mano en forma de sable, dirigida en Mawashi Hiji Ate, a la sien del Triturador.

Logró alcanzarle, pero sólo de refilón. De haber sido de lleno, le hubiera matado en el acto. Aquélla era una lucha a muerte, y ambos lo sabían.

Pero el golpe de refilón bastaba. Tambaleóse el Triturador, casi a punto de desvanecerse, y de su boca brotó un gemido ronco, al tiempo que el sudor comenzaba a empapar y derretir el maquillaje que cubría su rostro, dándole el aspecto del vulgar guardia nocturno.

Cole vio cerca ya la victoria sobre el terrible enemigo y se dispuso a rematar su obra, mientras el otro se tambaleaba, ligeramente groggy.

Cometió el error de creer en una victoria aún no alcanzada. Cuando iba sobre su adversario, éste se recuperó, saltó hacia atrás, y lanzó al suelo algo que escapó de su mano, tras introducir los dedos bajo la manga del otro brazo.

Hubo un crujido seco en el suelo del museo privado y un vaho amarillento se elevó del suelo con rapidez, haciéndose humo denso. Cole gritó, conteniendo ya el aliento:

— ¡Cuidado! ¡Un gas letal o narcótico! ¡La respiración!

Era un aviso prudente. Lena y Kwan la contuvieron con rapidez, entendiendo el aviso, pero no así sir William, que no tenía sus mismos reflejos. El aristócrata cayó de bruces, inconsciente o muerto. Cole, conteniendo el aliento, notó que el vapor se espesaba. Los luchadores del Triturador, los dos únicos en pie todavía, se desplomaron también, sin resistencia al gas.

Su jefe habla escapado ya, cuando los ojos de Frank, irritados por el efecto de aquel gas, buscaron su presencia en el museo. Rápido, se precipitó tras él, a través de la destrozada ventana de la residencia.

Llegó a ver una ágil figura escalando los hierros de la verja, y saltando luego a la carretera. Se lanzó a través del oscuro jardín, pero no llegó a salvar la verja. No era necesario ya. Un motor rugió a poca distancia. El asesino escapaba en un automóvil previamente dispuesto.

Lentamente, Cole regresó a la casa, escenario de la terrible pelea que pudo haber significado su muerte. El joven budoka jamás había visto tan cerca de la derrota como aquella noche, ante un enemigo mortal llamado el Triturador.

Capítulo VIII
EL ÚLTIMO DE LA SERIE

—Pero ¿cómo pudo ser, Dios mío? Mi guardián asesinado, triturado... Los servicios de segundad, los circuitos electrónicos... ¡Nada detuvo a esos hombres! ¿Cómo pudieron llegar hasta el museo, sin ser advertidos?

—No es difícil imaginarlo. El Triturador es persona de grandes recursos. Igual que mis amigos, Kwan Shang y Lena Tiger, lograron pulverizar nada menos que una reja de fuerte hierro, por medio de un explosivo que poseía un elemento corrosivo de metal, ellos debían traer un dispositivo especial, que anulaba todo circuito electrónico, y franqueaba fácilmente el acceso al museo. Una vez allí, su jefe mató al vigilante, y se caracterizó del mismo, haciendo así un doble juego muy útil. Pero yo también tenía mi doble juego. Le hice creer que venía solo a Inglaterra, pero ya mis amigos estaban aquí, por medios diferentes de viaje, y vigilaban fuera de la casa, en previsión de alguna trampa mortal, como así nos la tendieron.

—De modo que todos jugaban una doble baza, a ver quién era más listo.

—Sí, sir William. Además, acabo de comprobar algo que me interesaba mucho saber.

— ¿Qué es ello?

—El Triturador, pese a todas nuestras precauciones, se enteró en Hong Kong de lo que planeábamos, aunque no del doble juego, que sólo conocieron Lena y Kwan a través de un mensaje cifrado que dejé en el hotel.

— ¿Y ello qué significa?

—Significa que el Triturador nos espía mucho más cerca de lo que yo imaginaba. Y casi corrobora una teoría mía...

— ¿Qué teoría? —ahora era Lena la que se interesaba por los pensamientos de su jefe y camarada.

—Eso me lo reservo, de momento —suspiró enigmáticamente Cole—. Pero lo tendré en cuenta en nuestro siguiente paso. El que nos conduzca al último jarrón de la serie, excepción hecha del que fue robado por el Triturador al coronel H. R. Beswick, en Nueva Delhi.

— ¿Acaso saben ya dónde está ese último jarrón? —se interesó sir William con viva curiosidad.

—Lo sabemos, sí —asintió gravemente Frank Cole—. Lo que me pregunto

es si también lo sabe ya nuestro mortal enemigo, el Triturador. El único hombre capaz de vencerme en una lucha a muerte...

El sol esplendoroso que lucía sobre California era un fuerte contraste con los dos días de niebla y frío húmedo que Cole y sus amigos habían vivido en Londres, aunque estuvo compensado todo ello por el regreso a California con aquel prodigioso jarrón azul, regalo de sir William Price al hombre que, efectivamente, salvara su vida del ataque feroz de un grupo de asesinos implacables.

En la residencia de Telegraph Hill donde tenían su vivienda los Dragones de Oro, eran ya cuatro los jarrones de la Dinastía Ming que poseía Cole. Faltaba el de Mike Younger, que éste había prometido donarle, y el del coronel Beswick. Además de otro jarrón, el último en circulación, que estaba en poder de alguien, residente muy cerca de San Francisco.

Tan cerca, que no podía serlo más. El círculo, sorprendentemente, se abría y cerraba en la propia California, después de recorrer el mundo entero.

Ada Barnes, profesora de Arte de la universidad de California. Residencia en Los Angeles, en Sunset Boulevard.

Ella era la propietaria del último jarrón Ming.

* * *

Aquel sol magnífico de California, brillaba en el cielo como una enorme moneda de oro puro. La brisa del mar era suave, sobre las colinas de Hollywood.

Frank Cole detuvo su automóvil ante un edificio pequeño y atractivo, un cottage con zonas ajardinadas y senderos de grava. En el buzón aparecía el nombre de su propietaria y ocupante:

«PROFESORA ADA BARNES»

Frank Cole caminó hacia la puerta de la casa resueltamente. Iba a pulsar el llamador, tras mirar en tomo, al lugar apacible, salpicado de rectángulos de césped recién regado, fresco y húmedo, y a las colinas risueñas dormidas en el suave mediodía.

En momento se abrió la puerta de la vivienda. No fue Ada Barnes la que apareció, y el joven budoka rubio se llevó una considerable sorpresa.

— ¡Cole! ¿Usted aquí? —exclamó el personaje que acababa de abrir la puerta para salir del edificio.

—Eso podría preguntar yo, señor Beswick —fue la fría réplica de Frank—. ¿Qué hace usted, tan lejos de Hong, Kong y de Nueva Delhi, precisamente en casa de la profesora Barnes?

—Bueno, ella y yo somos muy amigos hace tiempo —sonrió Archie Beswick, el sobrino del asesinado coronel—. ¿Tiene eso algo de extraño? ¿Qué hace usted aquí? Yo he vuelto de mi viaje, estoy de nuevo en San Francisco, y es lógico que visite a mis amistades.

— ¿Ocurre algo, Archie? —sonó la voz de una mujer, dentro de la casa.

Cole examinó a Beswiek con mirada perpleja. Luego, sacudió la cabeza.

—También es casualidad que usted sea amigo de la profesora Barnes... —comento—. ¿Sabía que ella posee otro jarrón idéntico al de su tío?

— ¡Cielos, no es posible! —abrió mucho los ojos el joven.

—Vaya si lo es... a menos que estemos mal informados.

— ¿Puede saberse lo qué sucede? —apareció una mujer en el recibidor. Se detuvo, sorprendida, al ver a Cole. Miró con evidente interés y agrado la arrogante figura del alto y atractivo ex actor. Su voz sonó con cómica sorpresa —. ¡Cielos, no es posible! ¡Frank Cole en mi casa...!

— ¡Vaya, padece que aquí todos nos conocemos...! —apuntó con sarcasmo, Archie—, No me dijiste nunca1 que conocieras a Frank Cole, Ada.

—La verdad es que sólo le había visto en el cine... —suspiró ella—. Me encantaban sus películas de Artes, Marciales. ¿Cómo imaginarme que llegaría a verlo a la puerta de mi casa? ¿Conoce a Archie? Eso sí que no te lo perdonaría, querido. ¡Conocer a Frank Cole y no decírmelo!

—Bueno, yo nunca fui muy aficionado al cine —confesó el joven, mirando aturdido a Frank—, No imaginé que él... fuese actor.

—Eso quedó atrás... —rio Frank—. Con mis interpretaciones nunca sería nominado para el Oscar, de modo que preferí retirarme de la pantalla a tiempos ¿No me presenta a su joven amiga, señor Beswick?

—Claro... Es Ada... La profesora Ada Barnes. Ada él es... Bueno, ya lo sabes.

—¿Y... venía a ver a Archie... o a mí? —indagó ella, estrechando la mano de Cole con calor.

—A usted, señorita Barnes —sonrió Cole entrando en la casa—, Precisamente a usted. Ignoraba que fuesen amigos Archie Beswick y usted.

—Es una vieja amistad de nuestros días de universidad —sonrió aquella joven y atractiva mujer de cabellos color cobre, ojos pardos y sugestiva figura —. Él optó por los negocios y yo por el profesorado y el Arte. ¿A qué debo tan gran honor, señor Cole?

—Puede llamarme Frank —dijo el budoka risueñamente—. El motivo de mi visita es un jarrón.

—Un... ¿qué? —se sorprendió Ada Barnes.

—Un jarrón. Azul. De la dinastía Ming. Uno de los Siete Jarrones de...

—...De la Fe v la Felicidad —completó ella, riendo suavemente—. ¿Le interesa el arte también, Frank?

—No mucho. Me interesa ese jarrón suyo. Es todo. Beswick ignoraba que lo tuviese, ¿no?

-—Pues supongo que sí —ella se encogió de hombros—, Nunca le di mucha importancia a ese jarrón. Es muy bello, pero al no ser ejemplar único, pierde mucho de su valor.

—Bien, yo os dejo —terció Beswick, mirando nerviosamente su reloj—. Se me hace tarde y debo aún hacer un viaje a Oakland y otro a San Diego, en estos dos días. ¡Adiós, Ada! Y usted, Cole..., suerte en todo esto.

—Gracias. Voy a necesitarla —suspiró Frank.

Archie se alejó por el césped con paso jovial Ada cerró la puerta. Le condujo a un amplio living con largas vidrieras a otro jardincillo. La luz entraba allí a raudales, invadiendo la casa de tonos dorados.

— ¿Toma algo, Frank? —quiso saber ella, acercándose al mueble-bar.

—No, gracias. Casi nunca bebo. Los budokas hemos de sacrificarnos

—Budoka... De modo que lo es, realmente, al margen del cine.

—Sí, esa es mi gran vocación. Pero no hablemos de mí, sino de usted. Y del jarrón.

—El jarrón... ¿Por qué le interesa tanto, Frank?

Cole le explicó brevemente. Los ojos pardos y sugestivos de la joven, se dilataron por el asombro. Dejóse caer en un asiento. Su falda juvenil, blanca, se remontó sobre sus muslos al acomodarse con indolencia. Tenía unas piernas turbadoramente bellas.

— ¡Cielos, qué horrible historia...! Muerte, sangre y terror... sólo por unos jarrones.

—Que para alguien significan mucho. Lo bastante para recorrer el mundo asesinando a sus propietarios. No quisiera que usted corriera la misma suerte, profesora.

— ¡Por favor, llámeme Ada! —pidió ella, aún sin salir de su estupor—. ¿De veras cree que ese terrible asesino sabe que yo poseo... el jarrón que falta?

—Me temo que sí —afirmó, gravemente, Frank.

— ¿Y. qué puede hacer; si yo conservo ese jarrón?

—Venir y matarla, sin piedad alguna, o enviarle sus esbirros mutilados para hacerlo en su nombre. No juegue con el peligro, Ada.

—Parece que usted sabe proteger a los que peligran, Frank —dijo ella, de pronto, levantándose de su asiento y acomodándose en el brazo del sillón que ocupaba ahora Cole. Su muslo presionó la mano del joven, pero ella no se movió de esa posición—. ¿A mí también?

—Prefiero no correr el riesgo. Esto no es un juego, Ada. ¿Dónde tiene ése jarrón?

Ella le miró, pensativa. Luego, sonrió con aire de picardía, y se inclinó hacia él, con lo que sus bien formados senos rozaron el rostro de Cole, intencionadamente.

--Adivínelo —rio entre dientes.

—Insisto en que no es un juego pero... —Frank frunció el ceño, y de repente miró al jardincillo. Por entre los setos, un repentino reflejo azul, nítido, había herido sus pupilas. Se incorporó de un salto—. ¡Cielos, no es posible! ¿No estará... ahí?

— ¡Exacto! —rio ella de buena gana—. En el jardín.

— ¡A la vista de todo el mundo! ¡Al aire libre... un jarrón que vale miles de dólares!

—Es la mejor manera de que nadie imagine su valor real. Me gusta tenerlo ahí/ durante el día. Por la noche, lo retiro al interior de la casa. Venga. Está firmemente sujeto. No puede caerse.

La siguió, preguntándose si Ada Barnes estaba loca al jugar así con una obra de arte. Y ella era profesora en tal asignatura, de modo que...

Alcanzaron el paraje del jardín donde se alzaba el jarrón. Una especie de grapas de metal, sujetaban la pieza a la piedra del soporte, haciendo imposible que cayese. Pero el simple impacto de un guijarro, podía reducir a fragmentos tan preciado objeto.

AI otro lado, haciendo un juego dudoso, otro jarrón más grande, pero de mármol, sujeto a la piedra con argamasa, completaba el adorno del jardín. Cole meneó la cabeza.

—Es una locura —dijo—. Aunque viéndolo así cualquiera pensaría que es una copia...

Ella soltó la carcajada. Y su declaración sorprendió a Frank Cole:

—Es que es una copia. Un jarrón hecho por Shi-Lung, no por Huang Fah Kieu durante el imperio de los Ming. Apenas tiene diez años de antigüedad. Es una imitación casi perfecta, Cole. Pero sólo eso: una imitación. Divertido, ¿no?

— ¡Ada! —Frank la miró, frunciendo el ceño—. Usted logra desconcertarme y...

En ese momento, un objeto se estrelló violentamente contra el jarrón azul exhibido en el jardín. Ada Barnes gritó, alarmada. Cole giró la cabeza, sobresaltado, hacia el bello objeto de arte.

Era una piedra puntiaguda la que había golpeado la porcelana, haciéndola añicos. Cayeron los mil fragmentos sobre el sendero de grava.

Y con ellos... un montón increíble de bellísimas perlas negras y diamantes de fulgurante luz.

El grito de estupor de Ada Barnes, ahora, fue infinitamente más expresivo que el anterior. El raudal de riquezas encerradas en el jarrón rodó por la gravilla. Perlas de un negro nacarino bellísimo... Diamantes de faceteado deslumbrador... Una fortuna en joyas.

—El juego ha terminado, Cole. Este es el telón final. Es lo que yo buscaba. Perlas negras y diamantes. El botín del robo de Shi-Lung, a quien ni con torturas logré sacarle la verdad del escondrijo, antes de asesinarle... ¿Lo entiende ahora? Yo buscaba simplemente copias, no los originales, con todo su valor. Porque en una copia estaba ese botín. Y ahora es mío...

Frank Cole y Ada Barnes contemplaron al que hablaba. Ella, instintivamente, se apretó a él, como pidiendo protección. El cuerpo femenino, ahora estremecido, frío; sin calor ni pasión se oprimió contra la elástica figura del budoka, como única persona que podía protegerla del

peligro.

El peligro que significaba aquel recién llegado. Aquel encapuchado negro, siniestro, que asomaba sobre la cerca del jardín, escoltado por media docena de brutales luchadores de cráneos afeitados, ojos fríos y duros, y bocas desprovistas de lenguas, forzadamente mudas...

El triturador les cubría con un fusil ametrallador. Sus palabras ahora fueron expresivas:

—No quiero volver a pelear con usted, Cole. Es el único enemigo capaz de vencerme. Esta vez... será la muerte con plomo. A distancia. No puede llegar hasta mí, ¿comprende? Les voy a barrer con una sola ráfaga, j Ahora mismo. Es su final. El suyo, y el de esa preciosa chica. ¡Adiós, Frank Cole! Buen viaje a la eternidad... El dedo enguantado del Triturador se movió, curvándose sobre el gatillo. La metralleta apuntó a sus cabezas.

Esta vez todo se había terminado. No había medio humano de llegar hasta el enemigo armado. No existía Arte Marcial capaz de oponerse a distancia a un fusil ametrallador, manejado por un asesino inexorable...

Capítulo IX
FE Y FELICIDAD...

Al menos en apariencia, ningún budoka podía evitar esa muerte cierta.

Ningún Arte Marcial era capaz de frenar una ráfaga de metralleta, un simple dedo sobre un gatillo...

Sólo en apariencia.

Porque desde unos momentos antes, cuando el guijarro quebró en mil pedazos el bello jarrón imitado por el genio del artista delincuente Shi-Lung, víctima también, en su día, de la crueldad y codicia del Triturador, los dedos de Cole oprimían algo, un objeto que para el encapuchado era totalmente inapreciable.

Un Objeto que, manejado adecuadamente por un experto, resultaba demoledor para un enemigo situado a distancia. Bastaba una fracción de segundo para arrojarlo. Y otra fracción para que el tal objeto hiciera blanco.

Era un shuriken.

El pequeño objeto de acero afilado, situado en la palma de la mano, quedaba cubierto por, ésta. Un seco, y, a la vez suave impulso, podía arrojarlo a gran distancia, describiendo círculos vertiginosos sobre sí mismo y, según fuese su forma, actuaría de una u otra manera sobre el adversario.

El shuriken que Frank Cole guardaba en su mano, como último y desesperado recurso si las cosas salían mal —y ahora no. habían podido salir peor—, tenía la forma de una rueda erizada de púas incisivas. Púas que él procuraba que no le tocasen más allá de la superficie de la piel, sin producirle arañazo alguno.

La sustancia que se adhería al acero punzante de las ocho adujas de acero que rodeaban el círculo central de la pieza antiguamente por los luchadores orientales para defenderse de enemigos a distancia, armados más poderosamente que ellos, era un veneno activísimo, fulminante.

A Frank le repugnaba recurrir a tales medios de ataque y defensa, pero lo desesperado de una situación exigía, incluso a un practicante de Artes Marciales, matar antes que morir. Y más, cuando el enemigo era un asesino despiadado, un monstruo de maldad y de destrucción.

Sobrevivir, a veces, exigía su tributo. Y salvar otras vidas inocentes, como la de la profesora Barnes, también.

Todo eso pasó por su mente en décimas de segundo. Un instante después, cuando el dedo del Triturador se acercaba al gatillo, la mano de Cole describió el movimiento rápido, seco, vertiginoso.

Brotó de sus dedos aquella, giratoria forma de acero, hendiendo el aire con la velocidad de una centella.

Cuando el Triturador apretaba el gatillo, el shuriken emponzoñado, se clavaba, brutal, en los ojos del asesino, a través de las delgadas rendijas de la caperuza negra.

Aulló de dolor el enmascarado y su arma tableteó... vomitando proyectiles, que pasaron en oleada sobre las cabezas de Cole y de Ada, ya que fulminantemente, el joven budoka había empujado a la muchacha, arrojándose él también a tierra juntó a ella.

Las balas silbaron sobre ellos, sin tocarles, haciendo añicos las vidrieras del living a sus espaldas. En lo alto de la cerca, el encapuchado, con sus ojos cegados por las dos púas hincadas en ellos, sintiendo el dolor del desgarro que destruía sus globos oculares, más la rápida acción del veneno sobre sus nervios ópticos, que lo llevaban con rapidez al cerebro, exhaló roncos gritos de agonía y de exasperación, soltó el arma que tableteaba en esos momentos, sin rumbo fijo, barriendo a los luchadores de rapado cráneo, antes de caer al suelo el arma, crepitando todavía, de forma automática, y segando setos y plantas con sus balas.

El Triturador cayó de bruces al jardín, y se quedó allí inmóvil. Ciego primero, muerto después. Entre una y otra cosa, apenas si medió un segundo. Sufrió mucho menos de lo que hubiese merecido el que hizo sufrir a tantas víctimas de su crueldad. No cayó muy lejos de su anhelado botín, el que le hizo ir en busca, a través de todo el mundo, de una simple copia de un jarrón Ming.

Una copia que valía más que cualquier original, dado el contenido que Shi-Lung ocultó dentro de la propia porcelana, al cocer ésta para crear su copia. Solamente rompiendo el jarrón, podía aparecer ese botín a la vista.

— ¡Dios mío, Frank, ha sido horrible...! —susurró, angustiadamente, Ada Barnes, abrazada a Cole, estremecido su bello cuerpo por los temblores de la emoción que la embargaba en esos dramáticos momentos.

—Horrible, sí. Pero fue el golpe final. Ahora, ya nada hay que temer. Vamos de aquí. Llamaremos a la policía. Sólo una cosa, antes de .hacer esa llamada, Ada....

— ¿Qué, Frank?

—Esa caperuza, la del hombre muerto... Quiero ver lo que había tras ella.

Ada se estremeció, mirándole con ojos dilatados. Cole se acercó al muerto. Evitó cuidadosamente tocar el shuriken mortífero, incrustado en sus ojos. Alzó lentamente el tejido elástico de la caperuza.

El rostro auténtico del Triturador apareció debajo. Cole suspiró, sacudiendo la cabeza.

—Debí imaginarlo —dijo, regresando al lado de la joven profesora de Arte de la Universidad de California-

— ¿Quién... quién era? ¿Le conocía usted, Frank?

—Sí, Ada. Le conocía, Y mucho. Ahora sé por qué llegaba siempre antes que nosotros. Por qué sabía nuestros movimientos, por qué teníamos tan cerca al enemigo... Su nombre era Mike Younger. Un joven millonario de aspecto enfermizo. Un buen amigo, al parecer. Mike Younger... Él era el Triturador...

* * *

— ¡Mike Younger! ¿Tu propio amigo, Frank?

—Sí, Kwan. Así son las cosas, a veces. Uno no acaba nunca de conocer realmente a una persona hasta que lo sabe todo sobre ella. Mike Younger debió hacer su fortuna con el crimen, el delito organizado. Parecía débil, enfermizo. Era una apariencia solamente. En realidad lo fingía. Un tinte en su piel, una aparente debilidad... Una buena ficción para disimular su condición de formidable luchador. Era un enemigo astuto y cruel como pocos...

—Pero... pero él estaba en Manila, intentando robar el jarrón al doctor Henderson, cuando aparecieron sus luchadores mudos —recordó Lena—. ¿Por qué, Frank?

—Él sabía que yo iba a intervenir allí, conocía nuestros movimientos, recordadlo. Se creó una bonita coartada. Fingir que competía por los originales, como un coleccionista caprichoso... para que nunca lo relacionáramos con el Triturador. Llegado el caso, hubiera sabido dar la orden a sus esbirros, y ellos hubiesen reconocido la voz del dueño, para detenerse y no atacarle. Pero no le hizo falta tal cosa.

—Yo llegué a sospechar de Archie Beswick, pero nunca de él —confesó Kwan.

—-Yo también —comentó Cole—. Nos supo engañar a todos. Parecía tan buen muchacho, tan débil... ¿Cómo relacionarlo con alguien llamado el Triturador?

—Y ahora, el jarrón que él poseía...

—Es mío. La policía me lo ha concedido. El teniente Dobkin habló con el gobernador de California, y él lo autorizó, dado el objetivo que concedemos a esos jarrones.

—Sin embargo, tendrás que llevar uno falso: el de Ada Barnes lo era, y además está roto. Porque el del coronel Beswick imagino que también estará en casa de Younger...

—Imaginas bien, Kwan —asintió Cole—. El del coronel está allí. Lo examinó, sin duda, con rayos X. No había nada dentro; sea una copia o sea un original. En cuanto al de Ada Barnes... ella lo resolverá también, ¿no es cierto?

Ada, presente en la reunión asintió, sonriente.

—Sí, Frank —dijo, mirándole tiernamente—. Nunca te dije la verdad sobre ese jarrón. Es cierto que rompieron una simple copia, aunque yo ignoraba, como todos, que allí dentro pudiera haber una fortuna en perlas y diamantes. Pero el original... sigue donde siempre estuvo. Al alcance de todo el mundo..., pero insospechado por todos.

— ¿De modo que usted tiene el jarrón verdadero? —Lena le hizo la pregunta con tono algo desabrido.

—En efecto —rio la joven profesora, acercándose a Cole y poniendo sus manos sobre los hombros del joven budoka—. Lo tengo.

— ¿Dónde lo ocultaba realmente? —quiso saber Kwan.

—Dentro del jarrón de mármol. Al lado del falso, en el propio jardín —sonrió Ada—. Siempre estuvo allí. Es un buen escondrijo...

— ¡Cielos, qué ingeniosa! —ponderó Kwan, riendo.

—Ahora, ese jarrón será de Frank, puesto que su intención es partir esta misma semana hacia China, y depositar esos siete jarrones en el Templo de la Fe y la Felicidad, en el interior del continente chino. Muchos miles de chinos van a sentirse mejor, con el retorno de los jarrones a su templo. Aunque haya una copia entre todos ellos, no creo que nadie se fije ni le dé importancia...

— ¿Usted le regala a Frank ese jarrón porque él le salvó la vida? —fue la pregunta de Lena Tiger a la profesora.

—En parte, por eso. Es un buen precio, pero yo exijo una propina encima.

— ¿Una propina? ¿Cuál?—indagó Lena, frunciendo sel ceño recelosa.

—Que Frank acepte venir conmigo esta noche, a cenar. Solos los dos. Cena, baile y juntos hasta la madrugada —dijo ella, acercando sus manos aj cuello de Cole, que acarició suavemente—. ¿De acuerdo, Frank?

— ¿Qué puedo decir yo? —sonrió él—. Después de todo, es el único jarrón que me falta… y la propina no resulta demasiado elevado. Trato hecho, Ada.

Ella sonrió, tomándole de una mano. Ambos jóvenes salieron de la estancia, alejándose sin soltar sus manos.

Kwan Shan sonrió. Dirigió una mirada de reojo a Lena. La bella mulata tenía un destello de enfado en sus ojos. Apretaba los labios con disgusto.

—Bueno, ya todo terminó —dijo Kwan—. Me siento feliz. Los jarrones irán a su lugar de origen. ¿No te sientes tú también feliz, Lena?

— ¡No, no! ¡No, no! —protestó airadamente la joven de piel color canela —. Esa mala pécora se llevó a Frank... ¡Es una embaucadora, una frívola; bajo su aire de docta profesora en Arte! Yo conozco a las mujeres...

— ¿Qué te pasa, Lena? Cualquiera diría que estás celosa...

— ¡Y lo estoy!

—Lena, por favor... En una budoka, esas explosiones de ira están mal. Recuerda tu camino, tu paz espiritual, tu...

— ¡Kwan Shang! —replicó ella, airada—. Recuerdo muy bien lo que es un budoka. Mi paz espiritual te aseguro que no se ve alterada, pero eso no es obstáculo para que deteste a esas mujeres que engatusan a los hombres de buena fe...

—Frank parecía muy satisfecho de llevarse a Ada a cenar y bailar... — insinuó Kwan, malévolo.

—Kwan Shang, si no te callas de una vez por todas..., ¡creo que acabaré por perder mi paz espiritual totalmente! —estalló Lena Tiger.

Y salió de la estancia, cerrando con fuerza la puerta tras de sí.

Una vez solo, Kwan Shang no pudo por menos de echarse a reír.

—Lena Tiger, la mujer de acero... La pantera negra del grupo... siente celos —se encogió de hombros—. Nunca entenderé a los occidentales por completo. Sus sentimientos me resultan tan difíciles de explicar... Creo que ni si quiera cuando practican las Artes Marciales, son como nosotros, los orientales. Hay algo que les falla. Algo... que les hace sentir diferente. Incluso

a los budakas... Pero, como Lena dice, lo importante es que no se pierda la paz espiritual...

Y se preguntó si, realmente, Lena Tiger tendría en estos momentos, imaginándose a Ada Barnes en brazos de Frank Cole, el mínimo de paz espiritual exigible en un budoka.

La respuesta que se le ocurrió no acabó de gustarle.

FIN

¡LORENA

ES UN ÁNGEL QUE SE PASEA POR EL FANGO DE LA VIDA, TRATANDO DE NO MANCHARSE CON ÉL! ¡AUNQUE TODOS QUIERAN HUNDIRLA EN EL OPROBIO Y LA DESHONRA MAS ABYECTA!



¿RESISTIRÁ TANTAS ASECHANZAS?

LEA ESTE APASIONANTE RELATO DE CORÍN TELLADO QUE EDITORIAL BRUGUERA PUBLICA SEMANALMENTE, CON MULTITUD DE FOTOGRAMAS,

Y ESCUCHE SU VERSION RADIOFÓNICA, POR CUALQUIERA DE LAS 65 EMISORAS DE LA REM-CAR Y CES, A LA HORA DEL SERIAL.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (Es[redacted]

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA[redacted]TAS.